

# JORNADAS

1

JOSE MEDINA ECHAVARRIA

*Prólogo al Estudio de la Guerra*

EL COLEGIO DE MEXICO

*Centro de Estudios Sociales*

# SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

Segundo semestre de 1943

## PROGRAMA

- 1ª sesión: Martes 3 de agosto, de las 18 a las 20 horas:  
*Presentación general de los problemas de la guerra:* don José Medina Echavarría;
- 2ª sesión: Martes 17 de agosto, de las 18 a las 20 horas:  
*Los principios de la guerra, desde los puntos de vista táctico y estratégico, en relación con los progresos de la ciencia:* General Tomás Sánchez Hernández;
- 3ª sesión: Martes, 31 de agosto, de las 18 a las 20 horas:  
*Causas políticas de la guerra:*  
a) *El equilibrio de poder:* don Manuel J. Sierra;  
b) *La geopolítica:* don Jorge A. Vivó;
- 4ª sesión: Martes 7 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:  
*Causas económicas de la guerra:*  
a) *La presión demográfica:* don Gilberto Loyo.  
b) *La disponibilidad de materias primas:* don Manuel Chavarría;
- 5ª sesión: Martes 21 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:  
*Las causas humanas de la guerra:* don Antonio Caso;
- 6ª sesión: Martes 5 de octubre, de las 18 a las 20 horas:  
*Los efectos sociales de la guerra:* don Vicente Herrero;
- 7ª sesión: Martes 19 de octubre, de las 18 a las 20 horas:  
*Los efectos económicos de la guerra:* don Josué Sáenz;
- 8ª sesión: Martes 2 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:  
*La prevención de la guerra (I):* don Manuel Pedroso;
- 9ª sesión: Martes 16 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:  
*La prevención de la guerra (II):* don Manuel Pedroso;
- 10ª, 11ª y 12ª sesiones: Martes 30 de noviembre y 7 y 21 de diciembre, de las 18 a las 20 horas:  
*Características y consecuencias de la guerra actual.*

# EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

## I

*El Centro de Estudios Sociales ha elegido el tema de la guerra para iniciar sus cursos colectivos de seminario, por varias razones que parecen aconsejarlo así. En primer lugar, es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro. La experiencia contemporánea está mostrando, aun a los menos atentos, el carácter necesariamente universal, terriblemente destructivo y dolorosamente anacrónico del conflicto guerrero en el estado técnico y económico de nuestra civilización. Se sospecha que otro conflicto como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos como los supuestos de una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo la restauración de nuestras normas sociales. Por eso, el estudio de la guerra no es mera expresión de una curiosidad teórica, sino el fundamento previo y necesario de una acción inteligente y enérgica. Con respecto a la guerra, es preciso investigar las causas, analizar objetivamente los efectos calcular los costos materiales y morales, para poder participar, a pesar de desilusiones y retrocesos, en la larga lucha que abrieron hace tiempo los mejores espíritus con el ánimo de desterrar por completo esta dolencia.*

*Por otra parte, en el orden teórico, el tema de la guerra manifiesta de manera aguda la complejísima naturaleza de todos los fenómenos sociales. La multiplicidad de sus causas y la variedad insospechada de sus consecuencias no permite quizá puntos de vista simplistas y unilaterales. En todo análisis relativamente profundo de la guerra, confluye, en definitiva, todo el saber acumulado de la ciencia social. Es, pues, el estudio de la guerra un caso típico entre los pro-*

*blemas que requieren la cooperación de especialistas y la investigación colectiva, necesidad cada vez más patente en tales extremos. Economistas, teóricos de la política, sociólogos, psicólogos, demógrafos y aun otros hombres de estudio fuera ya del círculo estricto de la ciencia social, todos pueden aportar conocimientos para la síntesis final. En la medida en que uno de los intereses científicos del Centro de Estudios Sociales es mantener y enseñar esta imprescindible visión de conjunto y la exigencia de coordinar los resultados en las disciplinas particulares, el análisis de este tema puede tener un valor ejemplar de iniciación pedagógica.*

*Por último, como las condiciones favorables y positivas de la guerra son las condiciones negativas de la paz, el estudio del fenómeno bélico en sus formas históricas y caracteres estructurales es el punto de partida indispensable de todo proyecto para la organización pacífica y estable del mundo. El Centro de Estudios Sociales espera, pues, que los conocimientos adquiridos en este seminario sean útiles para más tarde, cuando puedan organizarse otras reuniones e investigaciones colectivas sobre el tema de la paz y el papel que en su creación y mantenimiento corresponda a las naciones de América.*

## II

*El número limitado de sesiones sólo permitirá examinar algunos aspectos salientes del tema propuesto. El programa no pretende, ni mucho menos, agotar la cuestión. Sus lagunas pueden ser colmadas, sin embargo, en el curso de discusiones sucesivas. Dicho programa consta de dos partes distintas. La primera comprende las nueve primeras sesiones y su propósito es examinar lo que sobre la guerra nos dice la ya abundante literatura respectiva. Se trata de una discusión teórica, que puede permitir llegar a las categorías e instrumentos analíticos indispensables. En esa discusión interesa, ante todo, destacar los factores y las consecuencias de la guerra y examinar lo que se ha hecho y propuesto para su prevención. En estas sesiones importa la presentación de todos los puntos de vista y su valoración científica. La segunda parte se compone de las tres últimas sesiones, que habrán de tener un carácter completamente diferente. Aquí se trata ya de dirigir la reflexión a la experiencia vivida de la guerra actual y a sus posibles*

*consecuencias futuras; sin excesivo aparato bibliográfico, se trata de estimular la imaginación y la inteligencia creadora, pues lo que en este caso conviene no es discutir lo sabido, sino su aplicación a las nuevas e ineludibles condiciones. Inútil añadir que en el cuestionario de esas discusiones finales se dará importancia preferente a los aspectos nacionales y americanos.*

*El seminario funcionará del modo siguiente: a) Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no pueden tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactadas cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la guerra actual y sus consecuencias, guiadas por un cuestionario previamente establecido. b) En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las personas de prestigio, preparación y competencia que sean particularmente invitadas. c) Las sesiones tendrán una duración de dos horas, una para la ponencia y otra para la discusión. Cuando la ponencia se haya presentado previamente por escrito o impresa, la discusión podrá extenderse a las dos horas. d) Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y resuma. e) El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultado de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano al más grave problema que hoy tiene planteado la humanidad.*



JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA

PROLOGO AL ESTUDIO DE LA GUERRA

JORNADAS - 1

El Colegio de México  
*Centro de Estudios Sociales*

(1ª Sesión del Seminario Colectivo sobre la Guerra)



*Las páginas que siguen tienen un propósito muy limitado, que determina necesariamente su carácter. Tratan de ofrecer una presentación general de las cuestiones implicadas en el fenómeno de la guerra, que han de ser luego discutidas con mayor detalle en sesiones sucesivas de este seminario. Ahora bien, este esquema general, si parece de una parte imprescindible o al menos muy conveniente, presenta, por otra, graves dificultades y lleva consigo algunos peligros. En una discusión en donde ha de darse paso libre al saber preciso del especialista, parece indiscutible la necesidad de una previa visión de conjunto que sirva luego como marco fijo de orientación y referencia. Tal sería la primera razón, y para mí excusa, de estas páginas. Pero hay otra que también conviene señalar. En la medida en que los temas escogidos para las siguientes sesiones del seminario no agotan en modo alguno lo que podría ser estudiado con más tiempo, se ofrece hoy, con el examen de esta presentación, la doble posibilidad de que, por una parte, puedan tratarse algunas de esas cuestiones excluidas y que, por otra, comience ya la colaboración activa de sus asistentes indicando las deficiencias de lo que está planeado con plena conciencia de su carácter de ensayo y sugestión.*

*Las dificultades de comprimir en no muchas páginas un esquema ordenado de los problemas que presenta el estudio de la guerra, son notorias para todo conocedor. La literatura es enorme, crece casi por días y parece indomitable en su conjunto para una sola persona, aun sujeta a la limitación, actualmente forzosa, de examinar la producida en un par de lenguas. El mayor escollo de este ensayo es también evidente: la necesidad de prescindir de matices y atenuaciones, que da a veces por resultado un carácter dogmático y demasiado rotundo a algunas de sus afirmaciones.*

*Se ofrecen dos posibilidades de exposición, entre las cuales me he esforzado por encontrar un término medio. Una consiste en mantenerse en el plano de la teoría, presentando las cuestiones con el máximo rigor, pero también dentro de una abstracción máxima. Otra*

*nos la ofrece la experiencia vivida, con sus interrogantes y dramáticas urgencias. El ideal residiría en que no se perdiera nunca de vista la referencia continua de ambos planos.*

*Una observación general debe hacerse antes de terminar este preámbulo. Y es que no cabe ocultar la perspectiva sociológica de estas reflexiones. Están hechas desde el centro de experiencia del ciudadano de una potencia menor. Subrayo esto porque en ello está quizá todo el interés de las conversaciones que ahora iniciamos. Toda esa abundante literatura a que antes me referí proviene en su mayoría de ciudadanos de grandes potencias; pero no es necesario hacer profesión de fe "sociologista" para reconocer de qué manera se infiltran en el pensamiento más honradamente objetivo puntos de vista particulares. La perspectiva nacional y sus tradiciones culturales son aquí singularmente tenaces. Siempre que pueda mantenerse la conciencia de ese prejuicio, no puede considerarse peligrosa la acentuación, incluso, de nuestros ángulos nacionales y particulares, porque vienen a corregir automáticamente otras proyecciones unilaterales. En los momentos presentes la voz de las potencias menores es más que nunca necesaria. Si por pereza o por falso temor de ineficacia queda sin emitir, se perderá el derecho a señalar en su día las responsabilidades debidas.*

# I

## *EVOLUCION, FUNCION Y TIPOLOGIA*

a) No parece necesario para nuestro propósito partir de una definición rigurosamente perfilada de la guerra. Si pudiéramos examinar algunas de las que se ofrecen en tratados y monografías, veríamos que sólo son válidas para los fines que se propusieron sus autores; son, en realidad, formas concentradas de su propia teoría. Lo que sí se exige desde este instante es que nos demos cuenta de que la guerra no es un fenómeno natural, sino histórico-cultural. Entre el término final de destrucción y muerte, idéntico en todas, y el impulso originario de agresión, se interpone una serie complicada de creaciones humanas, que difieren en el tiempo y en el espacio. Este carácter histórico-cultural de la guerra, obra del hombre, hace que sea distinta según tiempos, sociedades y culturas. Por eso, su mismo concepto, su definición, se encuentran históricamente matizados al depender del tipo real de guerra que se ofrezca en la experiencia. La clave está en la clase de sociedad que haga esa guerra. Y en este sentido la hipótesis sociológica más general que cabe formular es la de que el espíritu y las formas de la guerra dependen del espíritu y las formas de la sociedad. Pero, como veremos luego, esta hipótesis es todavía muy vaga para que pueda alcanzar inmediato valor instrumental.

Podemos partir de nuestra experiencia, de esta guerra de que somos testigos que destroza ciudades abiertas, invade neutrales y destruye a la población civil lo mismo que a los combatientes. Si entonces nos preguntamos si esos caracteres se han dado siempre y en todo momento, nos habremos planteado la primera cuestión teórica que nos ofrece el análisis de la guerra: la de su evolución o desarrollo histórico. Pero adviértase que, como ocurre siempre, aunque no se declare, no se trata de un puro saber desinteresado, sino de un modo de comprender desde la historia nuestra inmediata situación. Teóri-

camente, la cuestión reza así: ¿cuáles han sido las fases características en el desarrollo histórico de la guerra y en qué forma explicarlas? Parece fácil anticipar la respuesta acogiéndonos a la hipótesis antes formulada; se trataría de señalar el desarrollo de las formas sociales correspondientes y de trazar la conexión entre estas y aquellas fases. Esta contestación es plenamente correcta. Pero cuando se comienza el manejo concreto de esa hipótesis, se empieza a percibir que ella exige análisis mucho más detenidos de los que parecían necesarios al principio y que en modo alguno permite, sin ligerezas peligrosas, trazar un dibujo rápido del desarrollo bélico en sus grandes líneas. Es, en cambio, el instrumento imprescindible para conseguir imputaciones causales concretas entre determinados tipos de sociedad y determinados tipos de actividad guerrera. En lo que hemos llamado la forma y el espíritu de una sociedad entran demasiadas cosas para andar con prisas; habría que tener en cuenta su organización y estratificación, sus recursos y técnicas, su moral y los valores en ella dominantes, etc. Pero ¿no habrá manera de acortar un camino que se nos ofrece demasiado lento y que exige esfuerzos tan minuciosos? Un procedimiento conveniente, siempre que permanezcamos conscientes de sus limitaciones, es el estudio de las técnicas de combate. De esta forma puede trazarse la evolución de la guerra en función de la técnica y seguirse la pista a un planteamiento más limitado: ¿cuáles son las fases de la guerra condicionadas por el desarrollo de la técnica? Aceptar este punto de vista no significa una profesión de fe “tecnologista”; es, simplemente, aceptar un método inicial que presenta grandes ventajas. El aspecto tecnológico es insuficiente, pero permite plantear con mayor precisión ulteriores cuestiones de organización social y es, desde luego, decisivo en el mundo moderno y contemporáneo. Toda invención en el sentido de instrumento de agresión y defensa, es decir, toda nueva arma ofensiva o defensiva, no sólo aporta transformaciones estrictamente militares —en la organización del ejército, en la táctica y en la estrategia—, sino que repercute de una y otra forma en la estructura social y política. Afecta a la economía, altera la significación e importancia de las capas sociales y modifica en el exterior la relación de poder entre las unidades políticas independientes. A su vez, en toda invención y en las posibilidades de su utilización adecuada, se encuentran subyacentes determinadas condiciones sociales y culturales. Muy lejos de mi intención

en este momento está el intentar bosquejar todos los temas que aquí se plantean. Delinear, por ejemplo, esa interpretación tecnológica de la guerra, que habría de comenzar con las lejanas civilizaciones egipcias, sumerias y babilónicas, y seguir paso a paso las consecuencias aportadas por la introducción de cada nuevo tipo de arma o perseguir la cuestión más ceñida de la organización del ejército, en la medida en que ha estado influida o determinada por la aceptación de nuevas maneras de ataque y defensa. Ni tan siquiera cabe que nos limitemos a los tiempos modernos, aunque nuestro interés sea en esto mucho mayor y se encuentren los materiales muy elaborados.<sup>1</sup> Sólo por vía de ejemplo y como comprobación de las afirmaciones anteriores, quisiera detenerme por un momento en el tipo de la guerra mecanizada contemporánea. El predominio del avión, del tanque y de las tropas motorizadas constituye la nota característica y definitoria de este tipo de guerra. ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Qué consecuencias ha traído, visibles unas, previsibles con mayor trabajo otras? La guerra mecanizada puede ser analizada desde diversas perspectivas. Es posible: a) Estudiar sus efectos desde un punto de vista táctico y estratégico; sus alteraciones, por ejemplo, en las concepciones de la movilidad y del ataque, de la defensa y de la guerra de posiciones, de los objetivos militares, etc. Esta era la tendencia de los escritos un poco olvidados del general Dohuet y su idea de la *guerra integrale*. b) Analizar las transformaciones que ha traído a las relaciones de poder entre potencias. El tema, por ejemplo, del poder marítimo y su posible ocaso ante el poder aéreo. La situación de los neutrales y pequeñas potencias incapaces de ofrecer por sí mismos la resistencia mínima necesaria para hacer posible, como antes ocurría,

<sup>1</sup> “La historia de la técnica militar moderna comprende cuatro períodos, cada uno de los cuales comienza con una determinada invención, material o social, que trae determinadas consecuencias políticas y militares; estos períodos son: el de la adaptación experimental de las armas de fuego y de las guerras de religión (1450-1648), el de los ejércitos profesionales y de las guerras dinásticas (1648-1789), el de la industrialización y de las guerras nacionales (1789-1914) y el del aeroplano y la guerra totalitaria (1914-).” WRIGHT, *Study of War*, pp. 294 ss. J. F. C. Fuller, montando los problemas técnicos y estratégicos sobre el cañamazo de la realización de la idea nacional, nos ofrece estos períodos desde los comienzos del siglo XIX: Período de la incubación nacional (1832-1852); período de la consolidación nacional (1853-1871); período de la expansión nacional (1872-1913); período de la consumación nacional (1914-1932). *War and Western Civilisation*, 1932.

la ayuda de sus aliados más poderosos. En consecuencia, problemas políticos para el futuro planteados por la nueva técnica, o c) examinar la significación sociológica total de esta guerra mecanizada. A este último aspecto se van a concretar mis observaciones. El punto de partida de todo análisis sociológico de la guerra contemporánea, dejando por el momento de lado los aspectos morales e ideológicos, está en esta ecuación: guerra mecanizada equivale a guerra industrializada. La estrecha dependencia de los elementos bélicos y las fuerzas productoras va mucho más allá de la mera organización industrial y técnica. Me voy a limitar a señalar dos puntos: 1) La relación de esta guerra con la estructura social; 2) las consecuencias que se derivan para las potencias secundarias, pues están entre sí estrechamente relacionados. A los estudios de Speier (esp. su art. "Class structure and 'total war'") debemos algunos datos precisos sobre la primera cuestión. Se trata de esto: la guerra mecanizada no sólo burocratiza y racionaliza cada vez más la organización del ejército, sino que exige un tipo distinto de combatiente y una valorización mayor del obrero calificado, del técnico y del intelectual. Las consecuencias de esto afectan tanto a la selección biológica que produce la guerra como a la reordenación del *status* tanto en la sociedad como en el ejército mismo. Hasta el catorce, las guerras gravitaban sobre las capas campesinas, que podían ofrecer una carne de cañón abundante y poco calificada; hoy las armas principales y con mayor porcentaje de mortandad para sus servidores exigen un material humano relativamente selecto y preparado que va desde el tipo del obrero calificado al del técnico y el intelectual. ¿Qué efectos selectivos pueden producirse así en los países protagonistas de una guerra mecanizada? ¿Qué consecuencias sociales pueden derivarse de que diversos tipos humanos tomen conciencia de su imprescindible función social? Dejando este campo conjetural, volvamos a los hechos ya constatados. La exigencia de un material humano preparado y calificado se multiplica aún mucho más por la necesidad de la actividad de esos hombres en la retaguardia; pues detrás de la guerra mecanizada no está sólo la producción de los aparatos empleados, sino la necesidad de su constante reparación y cuidado. ¿No se encuentran aquí los límites de la guerra mecanizada? "La escasez de la mano de obra calificada y de la inteligencia técnica —sugiere Speier— es probable que produzca una influencia restrictiva sobre la guerra total. De ahora en

adelante ya no es verdad que los tres medios más importantes para la guerra sean dinero, dinero y dinero. Hoy son más bien: mano de obra, materias primas y organización.”

¿Qué pensar en este punto desde la perspectiva de las potencias secundarias? Yo creo que todo esto tiende a agravar la tendencia a la desigualdad de potencial entre los distintos países, que constituirá uno de los problemas prácticos más graves del inmediato futuro. Porque obsérvese bien que tiende a convertir la dicotomía económica entre países industriales y agrarios en una dicotomía de poder, cosa que no ocurría antes en igual medida. Y esto a través del factor humano, es decir, en una forma más sutil y difícil de salvar. Antes un país agrario y preindustrializado podía contar con poder militar suficiente si tenía dinero o mantenía alianzas con potencias industriales. Hoy el problema que trae la guerra mecanizada es que ese país puede verse en la imposibilidad de funcionar militarmente de un modo eficaz si le faltan aquellas capas sociales educadas en el proceso industrial y científico cuyas cualidades pueden ser transferidas más o menos automáticamente a las actividades estrictamente militares. Moviéndonos en un plano de libres supuestos, tendríamos lo siguiente: que de continuar una política de equilibrio de poder, los países agrarios y semi-industrializados pueden llegar a ser un poderoso factor de desequilibrio por sus esfuerzos por industrializarse, justamente fundados ahora en razones “educativas” que hubieran parecido extrañas hace unos cuantos años.

Antes de abandonar el tema de las relaciones entre la técnica y la guerra conviene apuntar, por lo menos, otros tipos de cuestiones sumamente interesantes. Enunciémoslas de antemano: 1) ¿Qué relación guarda la guerra con el fomento de la invención técnica y científica? 2) ¿Basta con referirse a las técnicas materiales? ¿No hay más bien otra clase de “técnicas” que han mostrado en estos últimos años singular eficacia?

La primera cuestión —el reverso de lo que hasta ahora hemos venido tratando y, al contrario de ella, mucho más sencilla— es hoy sobradamente conocida para que nos obligue a más que a unas cuantas afirmaciones. Es un hecho comprobado hasta la saciedad la influencia positiva de la guerra en la invención técnica y en la investigación científica. La lista de los perfeccionamientos o inventos industriales y de los descubrimientos científicos que van unidos a lo que fueron

o son necesidades guerreras, es muy considerable; Bernal<sup>2</sup> llega hasta sostener "que, de hecho y excepto por lo que se refiere a una pequeña parte del siglo XIX, puede afirmarse perfectamente que la mayoría de los progresos técnicos y científicos más considerables se deben directamente a exigencias militares y navales". Esto puede aceptarse, con una atenuación respecto del tipo de ciencias y técnicas que han progresado de esta suerte; como W. Kaempffert<sup>3</sup> señala éstas son, sobre todo, las ciencias físicas; pero en mucha menor medida las ciencias biológicas.

Esta conexión de la ciencia y la técnica y las actividades bélicas se ha hecho patente para todos cuando el estado contemporáneo ha puesto bajo su dirección el estímulo y fomento de la investigación científica directamente relacionada con la guerra. En este sentido, la cantidad de dinero gastada no sólo por los gobiernos, sino por las industrias más poderosas en investigaciones relacionadas de algún modo con la guerra, ha alcanzado en los países industrializados cantidades enormes. Y esto en total desproporción con las cantidades invertidas para patrocinar investigaciones de otro tipo. "Se puede sostener sin injusticia que en Inglaterra algo entre la mitad y el tercio de lo gastado en apoyo de la investigación científica se ha invertido directa o indirectamente en investigaciones de guerra y que probablemente"<sup>4</sup> poco más o menos ocurre en otros países. La industria pesada, la producción de aviones, la industria química, incluyendo explosivos y gases venenosos, han sido los departamentos industriales más protegidos. De qué manera se han desarrollado en diversos países al amparo de necesidades guerreras poderosas actividades industriales antes inexistentes, es cosa conocida por todos, economistas o no. Estos hechos suscitan dos interrogantes manifestadas con alguna frecuencia. En primer lugar, lo que podría pasar a la inventiva humana si desapareciera este probado estímulo de la guerra; algunos han sospechado, como B. Rusell, que podría llegar un período de estancamiento e inercia. El indicio de que esto no sea así lo ofrecen esas otras ciencias que se han desarrollado, a pesar de todo, sin protección capitalista ni gubernamental alguna, testimonio de la curiosidad y de la

<sup>2</sup> *The Social Function of Science*, p. 165. Interesa a este respecto todo su capítulo VII.

<sup>3</sup> "War and Technology", *American Journal of Sociology*, XLVI, 4, pp. 431 ss.

<sup>4</sup> BERNAL, *ob. cit.*, p. 173.

capacidad de creación del hombre, aun en circunstancias adversas. En segundo lugar, lo que sería de la vida humana si en lugar de dedicar tan prolongado esfuerzo para fines de destrucción, se invirtiera éste en propósitos de construcción y bienestar. Pero ésta es una de tantas preguntas ilusionadas que no pueden contestarse por sí mismas como no sea buscando un piadoso consuelo.

Hasta ahora nos hemos ocupado solamente de las técnicas materiales y hemos visto la opinión razonada de los que creen que las ciencias físicas han sido las más beneficiadas por la protección de los intereses militares. Pero a estas alturas ya no es un descubrimiento para nadie el que en estos últimos años otras técnicas no materiales se han destacado con importancia creciente y que una ciencia muy lejana del mundo de la materia y de la fuerza, la psicología, ha sido cultivada con singular atención bajo el amparo de estrategias y generales. Si la guerra total se muestra como guerra mecanizada en su condicionamiento técnico-industrial, en su condicionamiento moral se muestra como guerra psicológica, de engaño, de perfidia y de terror. Para sus fines necesita manejar con igual frialdad las emociones y pasiones del hombre, sean pobres o elevadas, como utiliza las energías de la materia. Se llega así todavía a una mayor depravación de la ciencia, a una más completa degradación del saber humano.

Las técnicas que afloran a superficie en estos años son las técnicas psicológicas de manipulación del hombre, que en modo alguno se encierran en el concepto de la propaganda. Extraños nombres han aparecido para indicar este tipo de agresión y combate: guerra de nervios, guerra de palabras, guerra desde dentro, estrategia ampliada, estrategia seccional, etc., etc. Pero cualquiera que sea el nombre que adoptemos, la presencia de estos hechos y las condiciones que los hacen posibles afectan profundamente a la psicología individual.

Estas técnicas podrían ser analizadas, distinguiendo claramente dos clases distintas que muchas veces aparecen indebidamente confundidas: *a)* técnicas de perfidia y de penetración, y *b)* técnicas psicológicas propiamente dichas. Las primeras, cualquiera que sea el uso que puedan hacer de mecanismos psicológicos, son además otras muchas cosas. Se proponen corromper, sobornar, engañar y desintegrar, y aprovechan para eso todos los instrumentos y condiciones que puedan ser utilizados eficazmente. Sus instrumentos personales pueden ser el espía, la quinta columna, las minorías nacionales, los marinos que tocan

en los puertos, los grupos turísticos y deportivos, etc., etc. Las condiciones aprovechables son todas aquellas que presenta un país en sus tensiones y divisiones interiores, en sus luchas de clase o de color, en sus tendencias de desintegración, en su desorientación y aun en su buena fe política. Ambiciones de personajes, frustraciones de capas sociales, aspiraciones de grupos económicos, todo puede ser utilizado adecuadamente. Esto está todavía encubierto por la pasión y exagerado quizá por la fantasía periodística. Pero hay pruebas suficientes para creer que en su día estas técnicas podrán ser puestas al descubierto y analizadas en sus verdaderas dimensiones. Lo esencial es esto: que no se trata, en todo caso, de improvisaciones, sino de procedimientos rigurosamente racionalizados y centralizados, de métodos que exigen como su soporte poderosas organizaciones. Y este es el aspecto que más afecta a los individuos y a las pequeñas potencias. Lo mismo que veremos con respecto a las técnicas psicológicas.

Las técnicas psicológicas propiamente dichas son muy variadas, pues atienden a diversos problemas y propósitos. Se comprende por eso que en la actualidad estén ocupando en todos los países beligerantes a numerosos especialistas. Y por lo que se refiere a Alemania, obsesa de sistematización, al lado de las monografías y tratados sobre la *Wehrwirtschaft* se alínean otros no menos imponentes sobre la *Wehrpsychologie*.<sup>5</sup> La razón fundamental de la importancia adquirida por estas técnicas y conocimientos es el carácter de la guerra totalitaria que traslada a todo el país, como cuestión de vida o muerte, lo que antes era una preocupación referida particularmente al ejército: el mantenimiento de la "moral". Por otro lado, la guerra mecanizada y especialista necesita utilizar y perfeccionar los métodos que venía desarrollando la llamada orientación profesional. Con todo, la cuestión que merece atención más detenida es la de la "moral"; no es nada extraño, por tanto, el que sobre ella exista ya una copiosa bibliografía.

Si por moral se entiende la existencia de la voluntad de combatir y la lealtad y fidelidad imprescindibles a los valores y propósitos nacionales puestos en juego en la guerra, el problema que se presenta es claramente doble: mantener la moral propia y destruir la moral del enemigo. Por eso este tipo de actividades comienza mucho antes

<sup>5</sup> Una idea de lo realizado en ese país sobre este punto puede obtenerse con el libro de Ladislao FARAGO y L. F. GITTLER, *German Psychological Warfare*, Nueva York, 1941.

de las acciones propiamente militares. El mantenimiento de la moral propia exige acudir a los métodos de censura y propaganda; la destrucción de la moral del enemigo, aparte de la propaganda y de las técnicas de “penetración” antes aludidas, ha producido métodos nuevos para cosas viejas quizá, que a falta de otros nombres llamaremos “técnicas de la guerra de nervios”. Kimball Young, entre otros, ha analizado algunas de estas técnicas, que en forma muy resumida paso a enunciar por vía de ejemplo:

- 1) juego alternativo con esperanzas de paz y expectativas de guerra;
- 2) insistencia en la tesis de invencibilidad y poder (*Schrecklichkeit*);
- 3) insistencia en los efectos de la velocidad y la sorpresa;
- 4) utilización de las facilidades ofrecidas por la estructura democrática del país enemigo para desorientar la acción: “sonambulismo de masas”, y
- 5) utilización y fomento de las tensiones internas.<sup>6</sup>

En la historia inmediata, si España fué la víctima típica de las “técnicas de penetración”, Francia ha sido la víctima típica de las “técnicas de guerra de nervios”. ¡La guerra tonta!

La necesidad de utilizar y mejorar para fines de guerra los métodos psicológicos que permiten un aprovechamiento más eficaz de las aptitudes humanas, es cosa demasiado evidente para que sea necesario insistir con más detalles.

El Instituto Alemán de Psicología militar recoge claramente en sus propósitos esos planos distintos de la guerra psicológica, y lo mismo han comenzado a hacer los organismos creados después en otros países. Si el espectro de la guerra continúa, estos Institutos llegarán a ser una de las notas más sombrías de nuestra época. En los días inmediatamente anteriores a esta guerra y todavía en tierras polacas, tuve ocasión de hojear algunos de los primeros *Hefte* del mencionado Instituto alemán, y si bien no conservo ni fichas ni extractos, tengo el recuerdo deprimente de algunos de sus temas y la obsesionante impresión de hasta dónde puede llegar la más refinada racionalidad humana al servicio de los impulsos irracionales.

<sup>6</sup> KIMBALL YOUNG, “Psychology of War”, en *War as a Social Institution*. (Clarkson y Cochram, edit.) 1941.

Todo lo dicho hasta aquí respecto de la psicología de guerra se resume en lo siguiente: en que no es otra cosa que la expresión y traducción del hecho de que en las condiciones actuales la estrategia política tiene tanta importancia, al menos, como la estrategia militar.

¿Qué consecuencias derivan de esto?

Sólo quiero hacer a este respecto dos observaciones. En primer término: ¿Qué perspectivas se ofrecen a la vida individual? La consecuencia inmediata de la guerra psicológica es la intensificación del sentimiento de inseguridad. La angustia de sentirse balanceado por fuerzas impalpables, el temor indomitable a las armas invisibles. Todo miedo puede ser dominado más o menos si se localiza su fuente, pero ¿cómo y dónde fijar el origen de las agresiones psíquicas al equilibrio e integridad de nuestra persona? Un escape a esa inseguridad y angustia es la agresión, la guerra misma; por eso la introducción de estas técnicas ha producido un círculo trágico, cuya ruptura es una exigencia indispensable de la paz colectiva e individual.

En segundo término ¿en qué situación se encuentran ante esto las potencias menores? Parece indudable que el conjunto de estas técnicas no materiales contribuye a intensificar la desigualdad de poderío entre las potencias en igual medida que las materiales y más conocidas. Y parece también que ante ellas se encuentran los países menores plenamente indefensos y sin posibilidades de réplica y represalia. Sin una organización internacional a que acudir ¿cómo podrá impedir una pequeña potencia, sobre todo si pretende vivir de acuerdo con ideales democráticos, los efectos de las técnicas de penetración y de propaganda manejadas por una gran potencia? ¿En qué forma puede replicar con las mismas “armas”? Es realmente difícil imaginar que un país pequeño o mediano con limitados recursos pueda hacer uso de sus capacidades también limitadas y concentrar sus psicólogos, economistas, geógrafos, sociólogos y otros técnicos —en la medida en que los tenga— en un Instituto análogo al ya mítico de Haushofer y dirigir desde él sus propias medidas de represalia y contraagresión. ¡Bastante hará con intentar defenderse! No es necesario ser muy lince para pensar —si es que la gente no está dormida— que esta es una de las cuestiones de la postguerra en que los gobernantes e intelectuales responsables de los países menores habrán de poner más atención y más insistencia.

b) Entramos ahora en la segunda gran cuestión teórica que nos

ofrece el estudio de la guerra y que quiero plantear ahora en su interrogante precisa. La duda es ésta: en las condiciones actuales del mundo ¿puede tener la guerra una función positiva? Dicho de otra forma: ¿puede llenar de nuevo la función histórica de integración que ha cumplido en épocas pasadas? La cuestión debe plantearse y resolverse con la absoluta frialdad del análisis sociológico, haciendo por el momento de lado todos nuestros intereses morales y sentimentales. Por otra parte, para que tenga sentido riguroso, debemos mantenernos en el terreno de los hechos sociales, esquivando los peligros de querer también tener en cuenta los fenómenos de cultura. En este último caso no sólo se amplía extraordinariamente el ámbito de la investigación, sino que entramos sin quererlo en el mundo de las mitologías de guerra, que deben ser tratadas de otra forma.<sup>7</sup>

Dos hechos histórico-sociológicos parecen indiscutibles: *a*) que la guerra ha servido para ir ampliando sucesivamente el círculo de la paz. Es decir, el área de integración política, en la extensión de la cual se han mantenido, por más o menos tiempo, el orden y la seguridad; y *b*) que la guerra, su realidad o su amenaza, ha sido hasta ahora el estímulo más poderoso para mantener la cohesión interior.

Cuando Park trataba hace poco de dar con el sentido y función de la guerra tuvo que acudir a estas palabras: la guerra es una institución política en formación, en devenir (*a political institution in process*). Quiere decir que no hay manera de precisar sus contornos funcionales, de fijar precedentes válidos para otros momentos, de institucionalizarla, en una palabra, porque ha sido la dinámica misma de la construcción política. La guerra es el Estado.<sup>8</sup>

Alejémonos de las sugerencias teóricas contenidas en el párrafo

<sup>7</sup> Quien quiera aceptar, sin embargo, un planteamiento más amplio, puede partir de las siguientes palabras de Steinmetz: "Nada ha podido estimular a las capacidades del hombre como la lucha y no con los animales, sino con sus semejantes: la formación de grupos, la competencia, el fortalecimiento del sentir común, la división del trabajo, la agudización de la inteligencia, la afirmación de sí mismo, la creación del estado y todas las ventajas que derivan de la disciplina colectiva y de la peculiaridad nacional, así como muchas otras virtudes sociales. *Parece, por eso, muy problemático que pueda hallarse para los pueblos superiores un sustituto de la guerra capaz de equipararsele en su valor como fuerza cultural.*" STEINMETZ, art. "Krieg", en *H. W. B. der Soziologie*. (Itálicas mías.)

<sup>8</sup> "The Social function of War", *The American Journal of Sociology*, XLVI, n. 4— "it is, generally speaking, politics in its original, *non institutional, non rational form*". *Ibid.*, p. 570. (Itálicas mías.)

anterior. Los hechos históricos son, por lo pronto, notorios: la guerra ha hecho a la tribu, a la ciudad y al imperio. Las civilizaciones históricas se arraigan todas en el poder político y la lucha guerrera. Por lo que hace a la historia moderna occidental, Wright afirma lo que sigue en los párrafos iniciales del capítulo en que se ocupa de este tema: "La guerra ha sido el método que de hecho ha producido los cambios políticos más importantes del mundo moderno: la formación de los Estados nacionales, la expansión por el mundo entero de la civilización moderna, la alteración de los intereses dominantes dentro de esa civilización."<sup>9</sup>

La segunda función cumplida por la guerra es bien conocida de todos, y no sólo por los teóricos de la ciencia social. Pero si la experiencia del fenómeno es secular y más o menos inconsciente, su fijación teórica en la ciencia contemporánea parte de Summer y en la tradición europea, aunque menos conocida y utilizada, de Pareto. La distinción de Summer entre grupo propio y grupo ajeno (*in-group* y *out-group*) es hoy clásica. La teoría que se deriva es que la cohesión del grupo propio procede en buena parte de la presencia del grupo ajeno o extranjero; sólo porque hay grupos de individuos extraños y diferentes a nosotros podemos percibir y acentuar lo que nos es común; sólo porque tememos a esos extranjeros somos capaces de la ayuda mutua y de la acción solidaria; sólo porque en ellos recae nuestro odio y nuestro desprecio cabe entre "nosotros" la simpatía y el amor. Esas tendencias latentes se intensifican, acentúan y exaltan en caso de agresión: de la cohesión reflexivamente mantenida puede pasarse así fácilmente a la comunión emocional, a la masa psicológica en estricto sentido. La distinción paretiana entre amigo y enemigo tiene el mismo sentido, y por eso fué convertida en la esencia misma de la política por un agudo teórico nazi (Schmitt).

Estos hechos han sido conocidos de siempre por las clases gobernantes, sin necesidad de excesivos refinamientos teóricos, y los han utilizado repetidamente para sus fines. La "diversión guerrera" como medio de mantenerse en el poder y hacer frente a situaciones interiores peligrosas es un "truco" tan viejo como la actividad política misma. Pero sólo en nuestro tiempo se ha llevado esa técnica a sus formas más perfectas. Todos los observadores del totalitarismo contemporá-

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 250.

neo están de acuerdo en reconocer la función “constitutiva”, y decisiva en su mantenimiento, representada por la amenaza de la guerra y el valor de “transferencia” del odio por el extranjero. El nazismo ha significado en este punto, en la frase certera de Mannheim, la conversión de la “inseguridad inorganizada” en la “inseguridad organizada” y explotada.

Los psicólogos contemporáneos nos explican de varias maneras —no muy disímiles entre sí— esa virtud cohesiva de la guerra. No es posible, ni aun necesario, que nos detengamos en ellas; bastará con aludir a algunas de las que están más en boga. Para muchos la agresión no es sino un resultado de la frustración; pero lo interesante aquí es observar cómo la sociedad tiende a eliminar las tendencias ambivalentes que se van formando dentro de ella —es decir, dentro de los diversos grupos en que va desarrollándose el individuo— canalizando hacia el exterior la alternativa peligrosa. Desde la familia en adelante todos los grupos sociales procuran crear el blanco externo sobre el que se disparen los impulsos agresivos y destructores que se producen necesariamente en el proceso de socialización y conformación. Por eso todos los grupos tienden a resaltar o a inventar, si no existe, al “otro” grupo cuya mera existencia sea ya la purga de sus malos humores. El combate con el enemigo, la guerra, es, por otra parte, el acto social que satisface y resuelve la tensión de los impulsos y sentimientos ambivalentes: es un acto de agresión destructora y de solidaridad, de amor y odio al mismo tiempo. La amenaza o la presencia de la guerra limpia al grupo de sus gérmenes autodestructores, de sus fuerzas latentes de oposición y sólo quedan las tendencias que llevan a la unión, a la conformidad y a la simpatía. En el lenguaje de la dirección topológica, “cuando un determinado campo psíquico organizado (en este caso, la nación) está amenazado de destrucción desde fuera, se produce una reestructuración de ese campo”. Y sus efectos, que tienen carácter de “necesidad lógica”, son los siguientes: un grado menor de libertad en la movilidad (locomoción) social, menor variabilidad en el carácter de miembro, una permeabilidad acentuada de las barreras interiores y la eliminación de los grupos con una psicología social inadaptaada a las nuevas condiciones existentes. Todo ello con consecuencias igualmente necesarias para la psicología individual. En realidad podemos prescindir por el momento de estas u otras explica-

ciones y atenernos, para lo que nos importa, al hecho mismo en su experiencia vulgar.<sup>10</sup>

Volvamos a la pregunta inicial de este párrafo: ¿puede la guerra continuar cumpliendo estas funciones en el estado actual de nuestra civilización?

Por lo que se refiere a la primera función, apunta un planteamiento que pudiera parecer evidente. Es éste: ¿puede considerarse en la actualidad concluso el curso de la integración política? Nadie se atreverá a afirmar que no. La atmósfera está saturada de alusiones confusas —y muy peligrosas en esa confusión— a nuevos organismos regionales, continentales y aun mundiales. La misma guerra actual es una prueba de hecho de la existencia de esas mismas aspiraciones y tendencias. Domina la impresión de que la civilización occidental está en peligro si no resuelve el problema en que pereció la cultura helénica clásica y que destruyó en otra forma el imperio romano: un problema de organización política de acuerdo con las bases técnicas existentes. Se piensa que el Estado nacional es ya un instrumento empequeñecido y torpe, que hay que completarlo al menos con nuevos medios más amplios de ordenación de la vida, etc. Todo esto, y otras cosas más, apuntan a lo mismo: a la conciencia de que no ha terminado en el mundo el proceso de integración política. Ahora el problema es de nuevo: ¿este proceso habrá de continuarse a sangre y fuego o podrá realizarse por medios pacíficos y racionales? ¿Exigirá la absorción violenta, o será posible la armonía en la diversidad? Adviértase que no es un problema meramente intelectual y teórico, sino de acción, de política y de creencia. Porque aunque se pensara que la guerra continuaba siendo el único instrumento eficaz, habría que preguntarse en seguida a qué precio habría de pagar la humanidad el resultado. En este sentido parece ser cierta la tesis de Wright que, habiendo reconocido, como vimos, la función creadora de la guerra en los momentos iniciales de la civilización moderna, sostiene, sin embargo, que “en sus fases finales la guerra ha sido productora de inestabilidad, de desintegración, de despotismo y de inadaptabilidad, haciendo menos previsible el curso de la civilización y menos probable el progreso continuado hacia la realización de sus valores”.<sup>11</sup> Cabalmente porque las

<sup>10</sup> Ver cap. VII del libro de J. F. BROWN, *Psychology and the Social Order*, 1936. Para la posición anterior, J. DOLLARD, *Frustration and Agression*, 1939.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 270 s.

bases reales de una integración superior operan ya a la vista de todos y son, sin embargo, muy frágiles y costosas, hay la esperanza de que los hombres dejen de obstinarse en seguir el camino peligroso de la guerra. Las razones que apuntan en esta dirección son dos: 1) la consecuencia de los gigantescos efectos destructores de la guerra actual, cada vez más intensos a medida que sean mayores las unidades protagonistas, y 2) la posibilidad de una creciente percepción racional de las bases materiales en que ya descansa de hecho nuestra civilización.

Ahora bien ¿continuará justificado y utilizado el conflicto bélico en méritos de su función cohesiva ya indicada? También aquí nuevas condiciones hacen peligrosa y falaz esa tendencia. La estructura de la sociedad contemporánea lleva consigo la más completa degradación del hombre si se sigue creyendo que el temor o la realidad de la guerra es el único o el mejor instrumento de cohesión. El manejo de ese instrumento en las condiciones actuales lleva fatalmente a la disolución de la sociedad en la masa, pues sólo puede conseguir sus fines con el martilleo emotivo de una propaganda continuamente renovada para la que no cabe respiro ni término y mediante la destrucción sistemática de todos los reductos independientes y libres en donde el hombre crea su personalidad, es decir, en donde actúa racional y responsablemente.<sup>12</sup> El problema es entonces, si puede subsistir a la larga una civilización montada sobre esas bases, si éstas no son en sí mismas fatalmente autodestructoras. Todos los datos históricos y científicos reafirman, empero, la sospecha de que el hombre no puede continuar por mucho tiempo bajo la presión de una atmósfera semejante.

Obsérvese, por otra parte, que este instrumento es ya inservible en el supuesto de una integración mundial. En ese caso sólo la resurrección en gran escala de la involuntaria experiencia de Orson Welles podría mantener unidos a los humanos: ¡La invasión real o inventada de unos marcianos implacables!

c) Al término de este esbozo de capítulo podemos preguntarnos si con todo, y a pesar de la historicidad del fenómeno bélico, no será posible ordenarlo de alguna manera y señalar ciertas constantes y repeticiones. El problema a que aludo es el de una posible tipología

<sup>12</sup> La tesis de E. Lederer, *The State of the Masses*, me parece plenamente correcta, es decir, en cuanto a su sentido último. Para una crítica "histórica" véase, sin embargo, el libro de NEUMANN, *Behemoth*, 1943.

de la guerra, que puede ser afrontado, no obstante esa su variabilidad histórica, si los tipos, dentro de la tradición weberiana, se aceptan sólo como construcciones ideales que nos ayudan a comprender la realidad. Este tema lo considero en extremo interesante por dos razones: la primera, porque es un medio de apretar más el cerco en los intentos de comprender la realidad que tenemos ante la vista, y la segunda, porque permite abrir la puerta a algo de lo que todavía no se ha hablado. Hasta aquí hemos permanecido en el plano de los medios y las condiciones —técnicas y más técnicas—; ahora se abre la perspectiva sobre el mundo de los fines y los valores. Sólo por la integración de estos planos adquiere la guerra total, como veremos, su pleno sentido.

Para los sociólogos la guerra es una forma especial del conflicto. Una consideración detenida del tema nos llevaría a escribir un capítulo de Sociología analítica que no sólo lo impide el espacio consumido ya en estas páginas, sino el carácter todavía polémico y crítico que tendría que adoptar. Tengo así que limitarme a unas cuantas afirmaciones. El conflicto y la competencia son hechos socio-culturales y no meramente naturales o ecológicamente determinados como ha sostenido conocida escuela. La competencia supone una pugna de intereses enmarcados por ciertos valores comunes; el conflicto es, en cambio, una pugna de valores, un deseo de imponer los propios o de destruir los ajenos. Ahora bien, el conflicto puede ser distinto según se trate de valores parciales —que permitan el reconocimiento de otros valores comunes— o de valores totales, radicalmente excluyentes. En este último caso el conflicto debe llamarse “hostilidad”. En ésta la pugna es absoluta y no hay posibilidad de compromiso ni de reconciliación, porque una *aversión* constitutiva impide toda forma de comunicación. Puede sospecharse que la guerra participe en la realidad de todas estas categorías, pero que en sus tendencias se aproxime más o menos a la encarnación de una de ellas. Estamos así en el camino de dar con una tipología de la guerra. La manera más sencilla es la distinción entre la limitada y la no limitada.<sup>13</sup> Pero si indagamos las formas o causas de esa limitación, encontraremos guerras limitadas por los intereses mismos —competencia—, otras limitadas por valores comunes todavía subsistentes —conflicto parcial— y otras que carecen de toda limitación —conflicto total u hostilidad—. En esta dirección el ensayo de tipología más acertado, en mi concepto, es el for-

<sup>13</sup> Véase G. FERRERO, *Peace and War*, 1937.

mulado por H. Speier,<sup>14</sup> del que ya traté en otro lugar, y en el que pueden percibirse oportunas resonancias del más profundo de los sociólogos modernos. Estos “tipos ideales” o formas “extremas” son los siguientes: la guerra o lucha agonista, la guerra instrumental y la guerra absoluta. Se orientan, en orden inverso, “por 1) la aniquilación, 2) la ventaja (la riqueza especialmente) y 3) por la gloria y la justicia”.<sup>15</sup> La guerra instrumental es expresión de una acción racional y calculadora, tiene por ello sus límites en una “situación de intereses” que determina hasta dónde se debe llegar sin el peligro o daño de los propios fines. La destrucción, por ejemplo, no tiene sentido si aniquila en ella lo que se busca. La lucha agónica, la iniciada ya con el juego y el deporte, es expresión de una acción orientada por valores comunes a los combatientes. En ella actúa el freno de una convicción que postula principios generales válidos para todos. Sus límites son de naturaleza moral y tanto más intensos cuanto más profunda la participación en ellos de los combatientes. La guerra absoluta es también resultado de una acción guiada por principios, pero en situación radicalmente inversa a la anterior; pues ahora se trata de principios en sí mismos antagónicos o tenidos como tales. Domina por eso la hostilidad profunda que sólo se apacigua con el triunfo incondicionado sobre el enemigo, si no requiere su aniquilación. No hay límites, ni puede haberlos; toda debilidad es un compromiso contaminador. Es la forma de lucha que se ofrece en los momentos de tensiones polares, inconciliables, cuya poderosa fuerza hace imposibles las posiciones intermedias. Es el tipo que encarna en las luchas civiles inexorables y bárbaras. Y a él se aproximan las luchas internacionales en los momentos críticos de la civilización, cuando se juega el destino de los valores que la informan. Naturalmente, ninguno de esos tipos ha encarnado nunca en la realidad en forma precisa, ya lo dijimos; pero quizás se aproxima a ellos en más o en menos.

¿A qué tipo pertenece la guerra actual? Ella comenzó como lucha civil en la entraña española y mostró luego la faz totalitaria en su despiadada e inexorable marcha, ¿sigue siendo una guerra absoluta? ¿Ha podido dejar de serlo aun a pesar de las apariencias?

Si las guerras absolutas corresponden a momentos de crisis y son

<sup>14</sup> “The Social Types of War”, *The American Journal of Sociology*, XLVI, 4, p. 445.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 452.

la expresión de una pugna de principios por el dominio de la conciencia, la guerra actual perdería su sentido y sólo sería un prólogo de luchas futuras si se anulara la conciencia de su carácter. No quiero decir con ello que no se limite y humanice. Sí que sería trágico que se olvidara su significación histórica. Viejos valores tradicionales de nuestra civilización habían perdido en la rutina, la transgresión y el cinismo su fuerza aglutinante y no eran ya compartidos con conciencia ni entusiasmo. En realidad, la comunidad espiritual de los hombres de occidente vivía un doloroso proceso de desintegración. Los nuevos valores que pretendieron desterrarlos no quedarán vencidos solamente por el triunfo militar si no vuelve con la vigencia efectiva, vigorizada y plena del universalismo humanista la reintegración moral de una civilización a la deriva. Es la paz futura la que exige mantener despierta la conciencia de la naturaleza de este conflicto de que hemos sido testigos o protagonistas.

## II

### CAUSAS DE LA GUERRA

#### a) *El problema de la causación social.*

Cuando uno se pregunta el porqué de *la* guerra, o más modestamente de *esta* o *aquella* guerra, nos adentramos en uno de los terrenos más quebradizos que nos sea dable pisar. El problema de la *causación* es quizás el más espinoso, por ser el decisivo, de los que tiene hoy planteados y no favorablemente resueltos la ciencia social. Y lo malo es que sin esa solución o una aproximación viable no puede darse un solo paso bien orientado. La falta de una teoría sobre la causación social es el mayor defecto que muestran las publicaciones contemporáneas sobre las causas de la guerra, en general, o de una guerra como la presente, y que vicia de raíz muchas de las indicaciones para la acción deducidas pretendidamente de los análisis teóricos. Un libro, por ejemplo, tan rico en materiales y doctrina como el ya varias veces citado de Wright, produce, en definitiva, la impresión de que está desvertebrado porque no tiene o no presenta en forma clara una teoría de la causación social. En otros libros más ligeros o más impresionistas, el defecto llega a la confusión más espantosa y es visible para el lector medianamente atento.

Luego de la verdadera orgía que provocan en el siglo XIX las teorías causales unilaterales y simplistas, la tendencia general en nuestros días ha sido la de la cautela, que ha llevado a aceptar en principio el carácter multidimensional de los hechos sociales. Pero esta medida de prudencia, correcta en su orientación, no ha resuelto simplemente por eso el problema y no es en sí una teoría de la causación social. Atendidos a nuestro tema de la guerra, el principio de la causación múltiple ha presentado en su aplicación precipitada dificultades muy graves cuando no ha dado lugar a verdaderos disparates. Porque cuando se presentan varios factores causales ha de demostrarse cómo

se influyen entre sí en la producción del resultado final. Si no se ofrece esa demostración sólo se tiene un muestrario de posibles factores, más o menos arbitrariamente seleccionados, sin ningún valor explicativo y sin que su selección esté en modo alguno justificada. La incoherencia lógica es muchas veces notoria a simple vista, cuando esos factores pertenecen a planos distintos de lo real y no se ofrece el eslabón intermediario que hace posible el tránsito de uno a otro y la imputación causal. La crítica que en este sentido ha hecho Sorokin<sup>15</sup> de algunas publicaciones recientes es incuestionablemente demoledora.

Huelga decir que no es posible en este momento una discusión medianamente a fondo del problema de la causación social, que nos desviaría por sus vericuetos teóricos del tema que llevamos entre manos. Deben, sin embargo, tenerse en cuenta algunos principios orientadores. En primer lugar, que toda interpretación exclusiva y unilateral despierta muy graves sospechas en la actitud científica. Y en segundo lugar, que en todo intento de interpretación multidimensional debe exigirse que los factores aducidos guarden entre sí consistencia y que se muestre posible el tránsito causal de unos a otros; si no se ofrecen los eslabones intermediarios, la imputación del resultado final a unos u otros carece de validez. Con estas mínimas guías teóricas es posible, por lo menos, el comienzo de la discusión. Por mi parte sólo añadiría lo siguiente: que en la causación social todos los factores han de pasar, por decirlo así, por la conciencia del hombre. O, si se quiere de otro modo, que en la causalidad histórico-social no puede prescindirse de la decisión humana.

La agrupación de factores que sigue, si bien está montada sin excesiva rigidez sobre una teoría de la causación social, es de tipo fundamentalmente descriptivo y recoge los factores o causas usualmente aducidos.

## b) *La guerra y la política.*

1) Que la política es poder es una verdad elemental hartamente sabida. Y hará bien en abstenerse de la política quien no la recuerde. Pero así, en esa fórmula, es todavía una verdad estrecha: en realidad toda organización social, pequeña o grande, necesita y ejerce poder, y, más

<sup>15</sup> Pitirim A. SOROKIN, "A Neglected Factor of War", *American Sociological Review*, vol. 3, n.º 4, pp. 475 ss.

aún, toda sociedad está entretrejida por relaciones de poder, de mando y obediencia, de supraordinación y subordinación, que la entrecruzan y penetran en todos sentidos. No es menos sabido que la apetencia de poder, el impulso de mando, es una de las tendencias más poderosas del ser humano, y quizás la más peligrosa, porque nunca se satisface plenamente. Pero el éxito de la civilización ha consistido en todas partes en poner límites y cortapisas, allí donde ha podido, al ejercicio del poder y a sus impulsos. La idea constitucional, con o sin ese término, con unas y otras técnicas, ha sido constantemente perseguida como supuesto imprescindible del orden y la seguridad; es decir, la idea de que el poder tiene sus límites y sus condiciones. Puede decirse que el ideal civilizador ha conseguido, mejor o peor, sus propósitos en todas las actividades menos en una, en la política. En momentos quizás cortos y excepcionales también ha sometido al poder político en sus relaciones internas dentro de una comunidad, pero nunca hasta ahora, que sepamos, ha conseguido semejante limitación en las relaciones externas del poder político, en las relaciones del Estado con los demás Estados. Los límites de la constitucionalización están en el Estado mismo. Y las relaciones internacionales son relaciones típicas de poder. Política de poder es por eso un sinónimo de política internacional. La existencia misma de este sinónimo es un dato decisivo, pues indica hasta qué punto el hecho a que se refiere nos parece natural y evidente por sí. La razón, sin embargo, de que exista es la larga vigencia de una teoría que no pierde defensores ni aun en los momentos actuales. Es más, vemos ahora cómo vienen a ella conversos y arrepentidos los que en otros días pecaran de liberalismo internacional. Empero, sin necesidad de estos conversos, la teoría conserva aún propugnadores vigorosos. ¿En qué consiste la teoría?

Una visión “realista” que no se deje perturbar por falsas ilusiones ni por ideas morales que no afectan a los hechos, tiene que ver en los Estados realmente existentes la forma última del poder efectivo sobre una comunidad, asentada en una determinada área geográfica. Y ese poder es una fuerza de organización y de mando que no está dada para siempre: tiene que mantenerse día a día tanto en el interior como en el exterior. En ningún momento están *todos* los Estados satisfechos por los límites a que se extiende su poder efectivo, y aun estándolo “geográficamente”, todos tratan de influir en alguna forma, o sea de mandar, sobre otros Estados y otros territorios. La

idea de territorio es esencial porque el poder tiene límites territoriales y es precisamente ese territorio el que se desea o sobre el que se pretende influir. Por otra parte, el territorio, o sea la localización geográfica, determina a menudo las relaciones de un Estado con los demás y, en consecuencia, los peligros a que está expuesto y el grado del poder defensivo u ofensivo que pueden protegerlo. En principio, la única protección es la fuerza propia y sólo ella otorga "prestigio" político. Sin ella se es pronta víctima de otro Estado o se vive merced a la protección ajena. Como la guerra es, en consecuencia, un hecho siempre posible, la única probabilidad de evitarla está en el freno automático que ofrece el hecho de que las fuerzas opuestas sean de igual magnitud. Esta teoría "realista" está, sin embargo, montada sobre determinadas ideas y creencias. Por lo pronto, sobre la idea de que el Estado tiene en su existencia su propia ley.

Ahora bien, es notorio que si la realidad es tal como la descrita, la guerra es necesariamente la otra cara del poder político, es decir, la dinámica misma del Estado. ¿Pero si se trata de una falsa descripción? Obsérvese que el problema entonces es si el factor político causante de la guerra está en la realidad misma o en su interpretación (teoría). En este último caso es notorio que en la "vigencia" de esa teoría está el punto de partida de la imputación causal. De todas suertes, parece justificar la tesis de los que mantienen que la verdadera o principal causa de la guerra está en la política de poder.

Para ceñir más el problema conviene examinar ahora dos cosas: la idea subyacente en lo anterior, que es al mismo tiempo su supuesto y su racionalización, y los mecanismos que dentro de esa concepción se consideran eficaces, si no para eliminar la guerra, por lo menos para mantenerla en ciertos límites de frecuencia. Es decir, las ideas de soberanía y de equilibrio de poder.

La idea de soberanía está pasando por un duro trance, y no son pocos en la actualidad los que la hacen plenamente responsable de las más grandes dificultades del momento presente del mundo. Veamos la acusación, que en mi concepto está plenamente justificada en el terreno, al menos, de las ideas, aunque luego en el campo de la práctica haya que proceder todavía con sumo tiento y cautela. Expuesto en forma en extremo apretada, el argumento reza así: el concepto de soberanía, que fué en un determinado momento histórico un instrumento conceptual útil, es hoy, en condiciones reales muy diferentes,

no sólo inservible, sino perturbador. La función que cumplió ese concepto fué la de ayudar a formar y consolidar el Estado nacional moderno; la tarea que impide actualmente es la de la organización mundial tal como la requieren las bases técnicas y económicas que han hecho de la tierra un todo cerrado e interdependiente. La idea de soberanía supone una capacidad de decisión ilimitada dentro de un determinado ámbito político. Ahora bien, ocurre que ya no es posible en las nuevas condiciones aludidas que se tomen ciertas decisiones sin perjudicar o alterar más o menos gravemente los intereses de los demás y lo que son ciertamente intereses universales. La idea de soberanía es en este sentido un obstáculo a la realización de la idea superior de universalidad. Por otra parte, la concepción de la soberanía ha sufrido en el proceso histórico un deterioro de su contenido originario, pues paralelamente a la ruptura de la comunidad espiritual de Europa con la quiebra de la unidad religiosa, fué acentuando una ilimitación que no fué pensada en esa forma por los que primero la formularon; a la postre, y por obra del formalismo y positivismo jurídicos, se ha convertido en un concepto abstracto y absoluto que, plenamente irreal, sigue, sin embargo, operando como un símbolo que encubre y suscita todas las apetencias de poder. Por si algo faltara, la idea de soberanía vino luego a confundirse y mezclarse con la idea de nacionalidad, dando lugar ese extraño maridaje del concepto racional y del sentimiento, de la sequedad jurídica y del calor romántico a resultados explosivamente perturbadores. Las consecuencias son éstas: en lo futuro deberán separarse cuidadosamente los conceptos de estado, soberanía y nación; la concepción de la soberanía como *puissance absolue* deberá desterrarse del lenguaje y la realidad políticos, sustituyéndola por otra concepción que, manteniendo la significación funcional del poder político, es decir, del estado como organización, lo inserte como instrumento de una organización superior; la idea de nacionalidad podrá seguir, *despolitizada*, cumpliendo su función cultural. En resumen: la idea de soberanía y, como luego veremos, la de nacionalidad, constructivas al principio, son hoy destructivas y desintegradoras.

Tengo, sin titubeos, por rigurosamente exacta y certera esta crítica y creo que su orientación pertenece plenamente a un futuro que ya ha comenzado a insinuarse. En otras palabras, el análisis intelectual en que se basa es del todo correcto. Pero estamos en una fase

germinal, en la que el pensamiento está muy lejos de presentarse maduro y de ofrecer fórmulas que puedan sustituir de una vez a las caducas; dicho en otra forma, estamos todavía en una etapa negativa y crítica en la que aún no existen plenamente perfilados los instrumentos positivos de la nueva edad. Esto obliga en la práctica a proceder con alguna reserva. Digo lo anterior porque pesan cada vez más sobre la responsabilidad de la inteligencia las posibles consecuencias prácticas de su propia tarea. No he tenido empacho en otra ocasión en dar mi lanzazo al viejo fantasmón de la soberanía. Pero aplicaciones en extremo ligeras que he podido leer de estas ideas, sostenidas no sólo por mí, naturalmente, me han hecho temblar de escrúpulos. Y he visto el peligro de que se tomen precipitadamente y, lo que es peor, se pongan al servicio de situaciones y fines ocasionales; pues la labor del pensamiento en este punto tiende a crear condiciones duraderas y sólo en ese momento habrá llegado a una fase positiva.

Hasta qué punto la idea de soberanía contradice y opone la idea de universalidad, lo veremos en dos casos que al mismo tiempo insinúan en qué condiciones podrá ser desterrada del todo.

El carácter trágico de la soberanía aparece en el caso de la conciencia disidente en un mundo que todavía proclama al humanismo como el supuesto básico de la civilización; la conciencia liberal se indigna justamente de que al amparo de la soberanía y de una más o menos falsa autodeterminación pueda tolerarse sin pestañeo la persecución implacable de los que mantienen la posición espiritual que proclaman abiertamente los poderosos del mundo como la auténticamente civilizada. ¿No es lógico proclamar el derecho de intervención? ¡Cuidado! El hecho mismo hace sospechar que la idea universal no funciona y que hay algo en quiebra en la necesaria integración en valores comunes. No es, pues, puro disparate que algunos pensadores liberales se obstinen en no desechar, a pesar de todo, el concepto de soberanía. Si hoy no protege, puede proteger mañana. La primera condición que se exige para que se pueda prescindir por completo del viejo concepto intelectualmente arrumbado de la soberanía, sustituyéndolo quizás por algo análogo al de "competencia", es que el mundo vuelva a estar integrado en un mínimo de valores comunes que sostenga una fuerte conciencia universal. Es entonces, si llega, cuando el individuo, escarnecido en los derechos otorgados por

esa conciencia, podrá acudir a un tribunal internacional pidiendo amparo frente a un acto mundialmente antijurídico.

No es menos grave que se cubra con la soberanía una política económica libérrima. Aquí, de nuevo, la mezcla de la soberanía y el nacionalismo llevan en su extremo, con la idea de autarquía, a la desorganización anárquica del mundo, a la violencia y a la guerra. Pero sin llegar a ese extremo, toda decisión egoísta en el terreno económico para salvarse uno a costa de los demás, repercute en ondas sucesivas que cuartejan economías débiles y que, en definitiva, provocan o acentúan la crisis general. ¿Hasta qué punto es también posible aquí renunciar sin más al concepto de soberanía, por mucho que teóricamente aparezca ya como un dislate? Ocurre lo mismo que en el caso anterior. Sin la disposición general de fuertes y débiles a actuar solamente teniendo en cuenta de alguna manera los intereses de todos nadie querrá, ni podrá, abandonar lo que es, poco o mucho, un arma defensiva. Es decir, sin una economía organizada de hecho con orientación mundial —más o menos perfecta—, y en la que, naturalmente, los más fuertes y ricos tengan las mayores responsabilidades, no se podrán abdicar de derechos tradicionales por peligrosos que éstos sean.

Todo esto tiene la apariencia de que nos movemos en un círculo. No creo que en el fondo sea así. Indica más bien los problemas de una etapa de transición, en la que, si no hay marcha atrás, se vayan cediendo lentamente los atributos de la soberanía —no en abstracto y de repente— para fines concretos y determinados. Si la vuelta hacia el pasado ocurre, será una prueba en favor de los que han visto en el dominio de aquella idea el factor decisivo de la guerra y la destrucción.

Más de un siglo posterior en su formulación teórica, la idea de equilibrio de poder puede considerarse próxima pariente, sin embargo, de la idea de soberanía y es con ella expresión típica del mundo moderno y soporte teórico de su política internacional hasta la actualidad. La idea del equilibrio del poder es la racionalización de la vida internacional como pugna de potencias soberanas, y la política inspirada en esa idea un esfuerzo por limitar lo más posible la ruptura del conflicto siempre latente. Si los historiadores señalan la paz de Utrecht como el momento en que se adopta conscientemente por las potencias europeas el equilibrio de poder como principio político y

la teoría en su formulación plena tiene un marcado sabor de época —newtoniano-mecanicista—, su funcionamiento es, empero, mucho más viejo porque responde en realidad a un descubrimiento de sentido común político que debió hacerse desde muy pronto, si bien no llegara a su reconocimiento explícito. La idea, hartamente sencilla, consiste en el intento de conservar estabilizado un determinado *statu quo* manteniendo equivalentes las posibles fuerzas antagónicas. Un conjunto de potencias grandes y chicas se mantendrá en equilibrio si se impide que una o varias de entre ellas excedan en poder militar a otra u otras de las restantes. La realización, sin embargo, es mucho más complicada, pues requiere una política continuamente vigilante encaminada a conservar el equilibrio; éste nunca puede considerarse como algo definitivamente conseguido, sino como un proceso permanente. Exige, por tanto, una política de libre movimiento que permita actuar con rapidez y desenvoltura según los “índices” de poder que se ofrezcan en un momento dado. La dificultad está cabalmente en la interpretación adecuada y oportuna de esos “índices”, cada vez más complicados con el desarrollo de la industrialización. El peligro que señalan los críticos de la idea de equilibrio de poder consiste en que este sistema provoca necesariamente las competencias y “carreras” de armamentos que desembocan de modo fatal en la guerra que se trataba de impedir. En este sentido el mantenimiento de la política de equilibrio es, en sí mismo, un factor de guerra.

Es necesario reconocer que con este sistema Europa y el mundo han disfrutado una centuria de paz, como no gozaba desde la *pax romana*. Pero el análisis muestra las condiciones favorables que ayudaron al mecanismo del principio de equilibrio durante esos años. Las dos decisivas son éstas: *a*) el hecho de que fuera una época de expansión vertiginosa del capitalismo europeo, que permitía abrir continuamente válvulas de escape a las tensiones internas de la comunidad occidental y a las ambiciones de sus miembros; *b*) el hecho de que Inglaterra pudiera mantener durante ese tiempo, gracias a su poder marítimo, el fiel de la balanza, restableciendo con su peso los desequilibrios que se producían en el campo europeo; y, quizá, *c*) el hecho de que la diplomacia internacional se llevaba secretamente, y sin participación popular, por capas sociales tradicionales, semejantes en su composición y mentalidad en todos los países. Todas esas condiciones se han alterado definitivamente y hacen, por tanto, suma-

mente improbable que pueda funcionar en igual forma en lo sucesivo el sistema de equilibrio de poder. Con todo, si intentado de nuevo, es eficaz por algún tiempo, se teme que éste sea mucho más breve que en épocas anteriores y que, por la agrupación de fuerzas gigantesca puestas en juego, los momentos de ruptura de equilibrio, es decir, de guerra, no sólo sean más frecuentes, sino cada vez más destructivos, por ser necesariamente más generales.<sup>17</sup> Sería, sin embargo, una falsa ilusión creer a esta crítica de efectos definitivos y que no sea probable la continuación de una política de equilibrio. Hay muchos datos recientes que prueban que la idea no ha muerto y que tiene todavía ardientes propugnadores en las potencias en trance de vencer.<sup>18</sup> No se puede pedir razonablemente a esas potencias ganadoras que renuncien al día siguiente del triunfo a su poder y que no procuren mediante él una estabilización duradera de las condiciones logradas. Sus publicistas que lo mantienen están en lo cierto. Pero debe evitarse la confusión —por lo menos intelectualmente— entre las medidas necesarias de una etapa de transición con las que se tomen como instrumentos de una política permanente. De la orientación que se tome respecto a los fines duraderos de la organización mundial —y esa orientación tiene que mostrarse en germen desde el principio— depende, o que se reafirme la esperanza en una paz prolongada, o que se vuelva más o menos resignadamente a otros años de “preparación”. Un retorno decidido a una política de equilibrio de poder sería un índice claro de lo que puede esperarse del futuro.

2) Todavía en el plano de la política tiene que examinarse ahora una cuestión llena de espinas y dificultades. A ella nos lleva la acusación, creciente en nuestros días, que hace del nacionalismo el responsable directo de la guerra y el mayor obstáculo para la organización de la paz. La mayor dificultad que presenta el análisis de este tema consiste en que la nación es todavía nuestro *a priori social* (Sulzbach) y exige no pequeño esfuerzo el intento de salir de él. El día en que ese *a priori* sea distinto, el problema no interesará discutirlo, porque simplemente habrá dejado de existir. Puesto también en la forma harto ceñida a que obliga la extensión de este tra-

<sup>17</sup> Para un análisis detenido remito al libro de Wright, cap. xx.

<sup>18</sup> Véanse las obras de Spykman, Brandford Parkes, W. Lipmann y Lionel Gelbes, entre otras.

bajo, la crítica del valor y significado del nacionalismo en el mundo contemporáneo se expresa poco más o menos así:

1. La idea nacional, que fué en algún momento un factor constructivo en la historia del mundo, es hoy un puro anacronismo. Este anacronismo está *ecológicamente* determinado e invierte de signo a la idea nacional que aparece por eso ahora como un elemento destructivo y perturbador.
2. Este carácter se manifiesta en igual medida tanto en el nacionalismo expansivo como en el contractivo. El nacionalismo expansivo, que es el de las grandes potencias, se muestra necesariamente como imperialismo y afán de conquista. Sostenido por convicciones de superioridad —racial, cultural o política—, aspira a una supremacía que sólo puede mantener por el hierro y por el fuego. El nacionalismo contractivo, sostenido por símbolos y demandas de igualdad, se manifiesta como un proceso de desintegración de cuerpos históricos constituídos y acaba también por afectar con su fiebre al campo más amplio de la vida internacional. Naturalmente, ambos son incompatibles y sólo puede perdurar de hecho el nacionalismo imperial, que juega con el otro mientras conviene a su estrategia hegemónica.
3. La enfermedad del nacionalismo es su irracionalidad. La cual se muestra en dos aspectos: 1) En la contradicción entre sus aspiraciones y las bases reales de la vida del mundo. Sólo puede acabar lógicamente, o por la absorción de ese mundo, o por su radical aislamiento de él como estado nacional plenamente cerrado y autosuficiente, ambas cosas imposibles. 2) En la mística que forzosamente crea y que eleva a la nación a la categoría de un absoluto divino. Esta pseudo-religión sin dios repugna lo mismo tanto a la conciencia verdaderamente religiosa, como a la conciencia racionalista y liberal. Ahora bien, esa turbia proyección emocional no solamente no es necesaria, sino que perturba dos actitudes legítimas y necesarias: la preocupación consciente y razonable por la comunidad a que se pertenece y el goce y cultivo de la propia herencia

cultural. Mezcladas con la mística del nacionalismo, ambas actitudes producen frutos teratológicos.

4. La plenitud de la idea nacional se realiza en la inspiración wilsoniana de la paz de Versalles; su apoteosis teatral y sangrienta en el totalitarismo. A partir de estas experiencias, la estrella del nacionalismo está condenada a apagarse como fuerza "política" más o menos lentamente. La guerra actual lo demuestra. "La primera guerra mundial fué una guerra entre *naciones* con el propósito de revisar la relación existente entre los Estados nacionales. La segunda guerra mundial no es una guerra de naciones, sino una guerra *por encima* o más allá de las naciones, una guerra entre fuerzas políticas, económicas e ideológicas que funcionan sin limitación geográfica. Ni su objetivo, ni sus resultados, pueden consistir en una revisión de las relaciones entre los estados nacionales, sino en la construcción de un nuevo instrumento político que sustituya al orden tradicional.<sup>19</sup>

Queda así expuesta en forma recortada, y con un poco de profecía, una posición contemporánea que se reitera en diversas formas y tonos. ¿Qué hay de verdad en esas afirmaciones? ¿Son meramente una reacción a ciertos excesos de que hemos sido testigos?

Aunque el análisis conceptual del nacionalismo y de la nación no permite, por su dificultad, resultados satisfactorios, algunas cosas parecen evidentes y ciertas de ellas sobrado conocidas. Sabe así, hoy, todo el mundo que la nación es una categoría histórica y que su realidad es obra del Estado y no a la inversa. Fué el Estado el que creó en Europa en largos años de esfuerzo político y militar a las naciones que hicieron su historia moderna y no el sentimiento nacional, inexistente o inarticulado, el que provocara la aparición y consolidación de aquel Estado. En este sentido, en la fase constructiva del estado nacional, fué el ingrediente de organización y *planeación* políticas un elemento supraordinado a la esfera que hoy llamamos cultural y emotiva. La historicidad de la categoría "Estado-nación" no sólo impide pensarla eterna, sino que ofrece la posibilidad de que vuelvan

<sup>19</sup> Nicholas DOMAN, *The Coming Age of World Control*, 1942, cap. 1: "The Decline of the Age of National States", p. 5.

a operar separados los elementos de que se compone: la esfera de organización política y la esfera cultural.

También es cosa conocida el fracaso de todos los intentos de dar una definición satisfactoria de la realidad nación y de fijar sus elementos constitutivos. Ninguno de los que se ofrecen lo es propiamente y siempre se encuentra una excepción en la realidad histórica. De ahí las definiciones literarias o sumamente vagas, de la que es ejemplo típico la que se limita a afirmar que la nación es un “estado de ánimo”. Sin embargo, el análisis científico contemporáneo se aproxima, en mi concepto, a la realidad cuando, invirtiendo el punto de vista tradicional, pone en primer plano el elemento poder. Por eso el nacionalismo, tal como hoy día lo vivimos, es una idea estrechamente entrelazada a la idea de soberanía, como capacidad de decisión incondicionada. En este sentido, una definición aparentemente descriptiva como la de Sulzbach, quizás contenga el núcleo decisivo. Una nación es simplemente “un grupo de individuos que desea ser soberano entre los demás y que, por consiguiente, aspira a tener un Estado propio”.<sup>20</sup> El nacionalismo es, en realidad, una manifestación de la voluntad de poderío, como pueden confirmarlo sin dificultad la historia y el psicoanálisis. Los llamados elementos naturales y culturales de la nación son así justificaciones y racionalizaciones del impulso originario de dominación —de ahí que sean tan diversos y contradictorios— que entra con ellos, una vez destacados, en un proceso indefinido de acción recíproca. El elemento de poder y no el cultural o espiritual en que se apoya, es el que ha dado lugar a los efectos perturbadores de que hablan sus críticos y el que condiciona su inestabilidad. El nacionalismo “contractivo” es en esto peculiar: el llamado hecho diferencial,<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Walter SULZBACH, *National Consciousness*, 1943.

<sup>21</sup> Lo que interesa no es *hablar*, por ejemplo, en vascuence, sino *mandar* en vascuence, con el prestigio de un mando *incondicionado* sobre todo, aunque éste sea de hecho puramente ficticio.

Comentando Quincy Wright la definición antes citada de Sulzbach (*The New Republic*, 31 de mayo de 1943) observa: “La teoría sociológica del grupo propio y del grupo ajeno (*in-group, out-group*), cada uno de los cuales se define en función del otro, explica, por consiguiente, a la nación. Cualquier conjunto de personas puede ser considerado por sus miembros como el grupo propio. Una vez que esto se ha hecho, todos los demás son grupos extraños. El grupo propio comienza a ganar carácter por la descripción de sus diferencias frente a los demás, observadas o inventadas por sus miembros o por otros.”

como se decía en el lenguaje político español de estos últimos años, está a merced del afán de poderío, que puede llevarlo con “justas razones” hasta su expresión infinitesimal.

Esto mismo lo confirma, así como su historicidad, el examen de los diversos tipos de nacionalismo que ofrecen historiadores y teóricos políticos. Aunque el tema es sumamente interesante, me limitaré a aludir a una de esas tipologías, sin entrar en comentarios ni explicaciones. Laswell<sup>22</sup> distingue los siguientes: el nacionalismo *democrático*, el de *liberación*, el de *opresión*, el de *resurrección*, el de *prestigio*, el *separatista*, el *antiimperialista* y el *socialista*. El lector puede llegar sin dificultades, por sí mismo, a los diversos complejos de poder subyacentes.<sup>23</sup> Quizás la distinción analítica más importante sea la ya aludida entre nacionalismo expansivo y contractivo, con impulsos, símbolos y funciones históricas muy distintas.<sup>24</sup>

Retornando al tema central que nos interesa, puede concluirse que el carácter de factor bélico imputado al nacionalismo se debe a su unión con las pretensiones de decisión incondicionada alimentadas por la idea de soberanía. Por eso me parece un acierto para el análisis histórico-político el término neutral de “self-determination” que emplean los anglosajones.<sup>25</sup> Y suena así menos aparatosa y sentimental la afirmación de que hoy aquel principio se encuentra en una crisis definitiva. Las causas que hacen imposible la subsistencia en el mundo futuro de la autonomía absoluta sobre una base más o menos nacional se hicieron patentes en el doloroso período que enmarcan las dos guerras mundiales y en las experiencias de la guerra en curso. Ni por razones económicas, ni por razones tecnológicas, ni por razones militares, puede ya ningún grupo humano ser dueño absoluto de su propio

<sup>22</sup> H. LASWELL, *World politics and personal insecurity*, 1935, pp. 35 ss. Este excelente libro ofrece también datos interesantes para el psicoanálisis antes aludido, para el que existen además otros materiales. Es muy importante el papel de los “intelectuales”, con sus apetencias de dominación “vicaria” y su, no infrecuente, resentimiento.

<sup>23</sup> Menos rica en sugerencias es la clasificación de Wright: medieval, monárquico, revolucionario, liberal y totalitario. *Op. cit.*, vol: II, p. 1004.

<sup>24</sup> Véanse caps. v y vi de la obra citada de Laswell.

<sup>25</sup> Una clara exposición es el capítulo III del libro de C. H. CARR, *Conditions of Peace*, 1942, titulado “The crisis of self-determination”. Un análisis no “académico”, pero brillante y agudo, es el de R. DE SALES, *The Making of Tomorrow*, Parte III, especialmente pp. 53 ss.

destino. Mucho menos, naturalmente, las pequeñas naciones dependientes por la geografía, por el tráfico económico y por su debilidad militar de la asistencia de las demás y muy en particular del vecino inmediato. Dos problemas se presentan en esta situación: 1) hacer viable la autonomía política *relativamente* posible, y 2) hacerla, en todo caso, responsable. En ambos casos se trata de una cuestión de límites. El primero, afecta a los pequeños, a la necesidad de poner un término a los nacionalismos “contractivos” y de hallar formas de organización, montadas sobre bases materiales (geográfico-económicas=ecológicas) medianamente satisfactorias —problema, por ejemplo, de las federaciones meso-europeas y balcánicas—. Como no es posible retroceder en la historia, habrá que partir de lo actualmente dado y actuar en el futuro en forma constructiva e integradora. Es del todo improbable que ningún hombre con responsabilidad y poder —me refiero a los dirigentes de las grandes potencias— permita ni fomente la continuación del movimiento inverso.

El segundo problema afecta a todos, grandes y pequeños, pero muy especialmente a los primeros. Es, agudamente, el motivo típico del nacionalismo expansivo. Cualquiera que sea el poder que se detente, no puede aceptarse como un derecho sin obligaciones. Y esas obligaciones han de ser mayores cuanto mayor sea el poder. Si la conducta de las pequeñas potencias con sus minúsculos nacionalismos ha sido en estos últimos años deplorable, hay que reconocer que fué mucho más deplorable y grave el ejemplo inicial de las grandes.<sup>26</sup> Si los egoísmos económicos de las potencias menores produjeron, es cierto, efectos perturbadores, la conducta semejante y menos justificada de los mayores poderes económicos tendió a levantar aún más la compuerta al torrente destructivo de la gran depresión, etc., etc. Las naciones grandes, tanto o más que las pequeñas, tienen obligaciones que cumplir ante la comunidad internacional y deben iniciar voluntariamente el aprendizaje en las formas de conducta que requiere la nueva edad. Ninguna es soportes de valores absolutos que justifique su decisión incondicionada, ni ninguna puede evitar que los demás queden afectados por los efectos subsiguientes o accesorios de su acción. Se

<sup>26</sup> Es típico de esa época confusa y alucinada, la propaganda en Polonia —de que fuí testigo— en pro de un mayor poderío *naval* —¡con un solo puerto!— y de una expansión *colonial*. Esto en un país que, por razones tecnológicas y militares, no pudo resistir unas semanas al empuje enemigo, no obstante el heroísmo magnífico de un pueblo inocente de las anteriores majaderías.

trata de “constitucionalizar” todo poder. El logro de una “nueva *constitucionalización*” es el problema de la época —que se extiende a campos muy diversos—, y si no se resuelve de un modo medianamente satisfactorio, lo probable es que los años futuros formarán una era dolorosa de incesantes guerras y revoluciones.

Por otra parte, empieza ya a verse que la capacidad de decisión o determinación propia no es idéntica ni forzosamente lleva consigo la determinación *nacional*. Sólo implica la capacidad y el derecho de participar en la formación democrática de las decisiones políticas, a participar en la creación del consenso y la opinión públicos. Por eso se comienzan a separar conceptualmente cosas que antes andaban indebidamente unidas. Todo tiende a ir preparando esa situación, que ya prevenen inteligencias alertas, en que la nacionalidad quede *despolitizada* y se sostenga sólo en sus funciones culturales, mantenedoras de la riqueza y diversidad humanas. Cuesta trabajo imaginarlo. Pero se apunta con razón al hecho de que la religión —a que se aproxima el nacionalismo— ha sufrido más o menos rápidamente ese proceso y hoy, plenamente “despolitizada”, ya no es factor de guerra “internacional”, como lo fuera en otros tiempos.

¿Cuál es en este punto nuestro problema? Permítase decirlo sin ambages: un cambio de signo de nuestra tradición política: de la desintegración hay que volver a la integración. Cualquiera que sea el horizonte del mañana, el problema es el mismo. Ha de cultivarse un tipo de conciencia nacional que, sin anular la preocupación primaria por la inmediata comunidad, prepare el *a priori social* que haga posible la construcción del nuevo cuerpo de decisión y organización, sin cuya existencia estamos en peligro de desaparecer uno a uno en cualquiera de las alternativas posibles. O en una organización pacífica en donde se carezca de peso. O en un cataclismo casi telúrico del que surjan nuevas unidades de poder gigantescas por la ley de la garra y de la sangre.

### c) *Guerra y economía.*

Con todo lo dicho sobre la guerra y la política ¿no habremos estado deambulando en un mundo de fantasía, cobertura del “verdaderamente” real? El marxista ortodoxo no dudaría en afirmarlo. Y aunque hoy todos somos más o menos marxistas sin saberlo —y, claro está, heterodoxos—, de suerte que en todo problema tendemos a escru-

tar posibles factores económicos con espontaneidad nada teórica, no menos general es la sospecha de que éstos no son en modo alguno exclusivos y, a veces, menos poderosos de lo que se creía. Al menos en el punto central de la relación entre lo económico y lo político. Por otra parte, aquí, como en otras zonas de la experiencia contemporánea, sucede que algunos de los instrumentos conceptuales heredados no apresan ya la realidad y que carecemos en más de una ocasión de términos precisos con que denotar los hechos. Circulan éstos por las mentes con diversos disfraces verbales, aumentando así la confusión y la posibilidad de entenderse aunque se aluda con justeza a unos y los mismos datos. Y, al contrario, grandes vocablos abstractos—imperialismo, por ejemplo— encubren hoy cosas muy distintas.

Con riesgo de tropezar alguna vez en esos peligros, es necesario examinar hasta qué punto ha sido y es el proceso económico una causa de la guerra. Ahora bien, es menester advertir que los temas que habrán de rozarse no interesan en este momento por sí mismos—lo que exigiría un dilatado examen—, sino meramente desde la perspectiva restringida del problema de la imputación causal.

Debemos comenzar por aquellas teorías o afirmaciones que representan una interpretación económica de la guerra, de carácter general. Puede parecer un tanto anticuado en los momentos actuales que empecemos con una referencia al darwinismo social, en completo ocaso, al parecer, en los círculos científicos. Sin embargo, es una posición menos fenecida de lo que se piensa, colorea todavía la reflexión popular y volvió a renacer como mito en los últimos años. La moda spengleriana familiarizó de nuevo a las generaciones jóvenes, que nada sabían ya de darwinismos sociales, con la idea de la fatalidad de la guerra, simple manifestación de una lucha incesante entre todos los seres vivos, que ha de continuar sin tregua, mientras existan, cualesquiera que sean nuestros deseos e ilusiones. Para el darwinismo social riguroso la guerra entre los seres humanos no es más que la prolongación de la pugna incesante por la supervivencia entre las distintas especies, exigida y condicionada por la limitación de recursos que la naturaleza ofrece. Igual escasez e iguales apetencias es lo que conduce a los hombres necesariamente a su lucha por conseguir y mantener un puesto en la vida. La economía es así, tomada en ese sentido originario, el factor último y permanente de la conquista y la guerra. Y ésta es, en consecuencia, un hecho “natural” indesterrable. Deje-

mos de lado la crítica, enunciada diversas veces con justeza, respecto a la infidelidad cometida con el propio Darwin, para quien la lucha por la vida tenía lugar entre las especies, mientras que la guerra ocurre entre individuos de la misma especie; y soslayemos también el examinar la sugestión de los que ven en el darwinismo social la expresión de una época dominada por la idea de la competencia. El hecho es que ninguno de sus más conocidos representantes se mantuvo apegado a la fórmula extrema antes expuesta, denotando con ello la quiebra de la teoría y el problema de imputación que presenta. La guerra deja de ser propiamente un hecho natural; fuera de situaciones muy primitivas se reconoce que los grupos humanos luchan por algo más que por la desnuda necesidad de subsistir y alimentarse. Junto a la lucha por la existencia empieza a destacar la lucha por la preeminencia. Ahora bien, desde este instante la causación de la guerra se complica y ya no es más una sencilla conexión biológicamente condicionada; empiezan a entrar en ella los eslabones de la cultura.

No importa, sin embargo, todo lo que pueda amontonar la crítica respecto a la validez histórica y científica del darwinismo social u otras doctrinas semejantes, si algún día cimenta la apología de la “bestia rubia” y los hombres reviven el mito de la lucha universal primigenia como alimento de sus ambiciones. Entonces actúa como causa verdadera lo que es una idea falsa; basta con que los hombres la crean y la mantengan, manteniéndose en ella. Encontramos aquí por vez primera lo que ha de repetirse *ad nauseam* en otros casos: que la exactitud o falsedad de una interpretación de hechos es indiferente al problema de la imputación causal. Lo que importa es que exista esa interpretación y sea creída. Es pueril, por consiguiente, pensar que se ha eliminado una causa cuando se ha demostrado su falsedad. Si unos hombres se empeñan en creer que son espléndidos animales de presa, fieles a la ley eterna de la selva, ¡qué se le va a hacer!, obligarán a cazarlos como tales y quizá luego recuerden que sobre ellos pesan centurias y centurias de civilización.

Es necesario decidirse ahora a hacer frente, no sin cierto sobrecogimiento, al tema que parece básico en nuestros días. Ahora bien, no hay ningún otro que presente menores probabilidades de salir airoso de él —y más cuando hay que marchar rápidamente—, y quizá ningún otro que muestre con igual claridad todas las dificultades que presenta una consideración rigurosa de la causación social.

Se necesitaría en realidad el espacio de todo un libro para poder desentrañar la confusión dominante y destacar con precisión los hilos conductores hacia una solución. ¿Qué quiere decirse con la afirmación de que la causa de la guerra se encuentra en los factores económicos? La vulgaridad de que siempre en todo conflicto bélico hay encerrados intereses de tipo económico no merecería discutirse. La ambición de lucro, de ganancia, de botín o de propiedad se mezcla, en efecto, en todos los asuntos sociales junto con apetencias de otro tipo, y a nada conduciría sino al “vago” descubrimiento de que por doquier está presente la condición humana con toda su complejidad. Lo cierto es que en esa forma no ha sido mantenida por nadie con mediana seriedad, aunque a eso tienden muchas veces las interpretaciones populares. En su sentido estricto aquella afirmación sólo puede interpretarse así: que la causa de la guerra está en las condiciones objetivas de la organización económica. En las relaciones estructurales de un determinado sistema, y no en otra cosa, se encierran necesariamente las tendencias que llevan al conflicto bélico. La imputación causal se ofrece de esta suerte: un hecho objetivo, la guerra, es una consecuencia de otro hecho objetivo, la estructura económica. Entonces ¿toda estructura económica causa su guerra? o ¿existe una estructura singularmente productora de la guerra? En este último caso ¿a qué se deben las demás guerras? La primera posición, que sería la auténtica interpretación económica de la guerra, no ofrece dificultades de planteamiento; la tarea de la investigación empírica sería la de averiguar la validez de la hipótesis en cada caso. Demostrada, el problema de la causación social de la guerra quedaría resuelto y siempre se podría imputar la causa de toda guerra a factores económicos.

La segunda posición, en cambio, presenta mayores dificultades. Puede demostrar su tesis de que un determinado sistema lleva en su estructura misma los gérmenes de la guerra, pero en ese caso la imputación concreta no puede ser elevada a la categoría de una imputación general. Tendría que plantearse y resolver estos problemas: *a)* cuáles fueron las causas de la guerra en los casos en que su sistema económico no existía o era distinto; *b)* las razones de la inexistencia o inoperancia de aquellas causas en el ámbito de su caso, y quizá *c)* mostrar positivamente las posibilidades de que exista un sistema económico que por razones estructurales nunca pueda ser factor de guerra. Sin resolución satisfactoria, la tesis general de la causación

económica de la guerra carece de validez. Estas son, en mi concepto, las grandes líneas analíticas que por su desdibujamiento hacen tremendamente confusa la discusión contemporánea de la interpretación marxista de la guerra; propiamente hablando, de la teoría del imperialismo. Defensores y críticos pasan sin ambages de unos planos a otros, embarullando sin esperanza la posibilidad de plantear la discusión en sus términos precisos. Habría que examinar: 1) Si la teoría del imperialismo —la última fase del capitalismo— pretende tener validez general, es decir, retrospectiva y para toda guerra. Tal como está planteado en su tenor literal, evidentemente no. En este caso carecerían de sentido las incursiones históricas de sostenedores y críticos; sobre los supuestos de la teoría estricta no sería posible interpretar las guerras médicas como económicamente condicionadas, ni tampoco refutarla aduciendo que en la época del imperialismo renacentista estaba en un momento incipiente el proceso de acumulación del capital. Que estas cosas ocurran, sin embargo, se debe a la generalización que permite la teoría histórica del marxismo; pero no a la teoría estricta del imperialismo. 2) Si la teoría del imperialismo tiene validez para el período histórico a que se refiere. En este caso debe examinarse separadamente: a) si el desarrollo del proceso económico —es decir, el desarrollo del “aparato” objetivamente compulsivo— tiene lugar como indica la teoría; b) en qué forma aparece la conexión causal del aparato con los actos subjetivos que llevan a la guerra, y si esa concepción es exacta  $\alpha$ ) teórica y  $\beta$ ) históricamente; y c) si de ser cierta su validez para un momento histórico éste abarca todavía el presente. Es decir, si los hechos contemporáneos pueden explicarse *todavía* por ese esquema teórico. El éxito en la comprobación de la hipótesis probaría lo exacto de la imputación concreta para una circunstancia dada, pero entonces tendría que resolverse un nuevo problema si quería llegarse a una teoría de la causación económica de la guerra con validez universal. O sea 3) Cuáles son las adaptaciones teóricas que permiten pasar de una hipótesis históricamente saturada a una hipótesis atemporal. Los análisis anteriores son de muy distinta naturaleza; por ejemplo, los que se refieren al número 2) incluyen: análisis de teoría económica estricta, que llevarían a examinar la teoría de la acumulación con todos sus supuestos; análisis de carácter sociológico, centrados en la consideración del tránsito causal supuesto entre la presión social del “aparato” y las acciones sociales

de unos seres llamados capitalistas, a cuyas decisiones se debe la existencia de los fenómenos bélicos; y análisis históricos, que nos llevarían a otear el horizonte por ver si ciertos hechos nuevos e insólitos, al parecer, encajan, sin embargo, perfectamente bien en los cuadros de la teoría. Ni por un momento pretendo emprender aquí esa formidable tarea. Tendría que empezarse por distinguir cuidadosamente las distintas versiones que la misma escuela marxista ofrece y proceder así debidamente una a una. Me voy a limitar a plantear algunas cuestiones que pueden hacerse en forma general dentro, exclusivamente, del período contemporáneo. Soslayo, desde luego, el examen de cuestiones teórico-económicas que nos llevarían a una atmósfera demasiado abstracta y lejana y para la que no poseo quizá la escafandra intelectual que me permitiera la ascensión.

En primer lugar, se plantea la cuestión de cómo es posible conciliar la mentalidad capitalista típicamente racionalista y antiheroica con el espíritu que requiere la aventura conquistadora y bélica. La cuestión no es nada trivial, aunque así puede parecer tal como la formulo, y plantea un problema rigurosamente sociológico. Obsérvese que esa mentalidad, el hombre calculador y de tendencias pacíficas, es un producto, asimismo, de ese aparato que lo conforma a ser de tal manera en méritos de su propio funcionamiento. ¿Cuándo y cómo puede un mismo aparato conformador dar lugar a tipos humanos diferentes? La cuestión fué planteada hace tiempo, pero hoy sólo quiero referirme a su última formulación —que yo conozca—: “poseyendo cosas que atraen la atención tanto del ladrón como del recaudador de contribuciones, y no participando en la ideología guerrera en conflicto con su ‘utilitarismo’ racional o disgustándole incluso de corazón semejante ideología, la burguesía industrial y comercial es fundamentalmente pacifista e inclinada a aplicar los preceptos morales de la vida privada a las relaciones internacionales. —El pacifismo moderno y la moralidad internacional moderna son productos del capitalismo.”<sup>27</sup> Persiguiendo el enigma de esta cuestión ¿no nos encontraríamos con una de esas contradicciones del mundo moderno, muy lejos ya de toda interpretación económica?

En segundo lugar ¿puede probarse que ha sido siempre el interés del inversionista el que ha llevado a las expansiones imperiales y coloniales? ¿No ha dominado en él la tendencia a invertir en su pro-

<sup>27</sup> J. A. SCHUMPETER, *Capitalism, socialism and democracy*, 1942, p. 128.

pio país? En realidad, los pocos estudios que hay sobre esta materia se inclinan a afirmar lo segundo y a negar lo primero.<sup>28</sup> En este sentido se ha dicho que el inversionista, lejos de ser el *deus ex machina* de las aventuras de conquista militar, ha sido el peón inteligentemente manejado por intereses políticos y militares muy distintos. Si no recuerdo mal en este instante, es la tesis que mantiene, entre otros, un hombre tan poco sospechoso de frenesí antisocialista como Schuman.<sup>29</sup> Sin embargo, cuidémonos de exagerar la prueba y de creer que no hayan existido conflictos bélicos debidos a motivos económicos de intereses particulares y a la presión del inversionismo llevado por una interpretación, verdadera o falsa, de la situación de sus intereses económicos. Puede haber sido falsa, en efecto. En esto tampoco se puede incurrir en la inocencia de creer en la racionalidad “absoluta” del empresario y del inversionista, o que la demostración por parte de los técnicos de las condiciones reales de una situación tiene efectos fulminantes. Pueden, por eso, realizarse acciones “económicamente” motivadas plenamente irracionales, verdaderas aberraciones desde el punto de vista de la racionalidad económica. No se comprendería así cómo eminentes economistas hayan demostrado hasta la saciedad que la guerra “no paga” y que las colonias cuestan más que pagan, etc., etc., y que sus autorizadas voces hayan caído a veces en el mayor vacío. Pero ¿es esto verdad? ¿Cuándo no paga la guerra y la conquista? Esto nos lleva a la siguiente cuestión.

En tercer lugar —y entramos con ello en la cuestión *decisiva* en los momentos presentes— ¿nos explica la teoría del imperialismo la forma que éste ha tomado en la actualidad ante los ojos atónitos de todos? Este es un imperialismo bien extraño, porque el inversionista y el empresario apenas cuentan y, en cambio, sus beneficiarios más directos son las diversas capas de todo un pueblo, y especialmente algunas que antes no figuraban en ninguna teoría del imperialismo. El imperialismo social,<sup>30</sup> para emplear el término ya en uso, pone en en grave aprieto a la teoría de que hablamos. Es la *explotación* de un pueblo por otro pueblo, pero ni los motivos económicos pueden tradu-

<sup>28</sup> V. esp. STALEY, *War and the private investor*, 1935.

<sup>29</sup> F. SCHUMAN, *International Politics*, 1941 (cito de memoria).

<sup>30</sup> Véase GRAWOBSKY, *Sozial Imperialismus*. También NEUMANN, *Behemoth*. Sumamente interesante el artículo de M. HANDMAN, “War, economic motives and economic symbols”, en *American Journal of Sociology*, vol. 44.

cirse en los términos corrientes, ni nadie que no sea en extremo miope puede dejar de percibir los complejos de poder y la transformación de las convicciones morales que lo penetran, haciéndolo posible. Si el imperialismo social es una forma de pillaje<sup>31</sup> ¿paga o no paga? Los economistas ortodoxos pueden convencerme lógicamente de que a la larga es más beneficiosa para mí una conducta decente en mi trato con los semejantes si comparto con ellos sus convicciones morales, pero no si soy un bandido que prefiere al negocio remoto y trabajoso el atraco inmediato a la propiedad del vecino.

En no menor dificultad se encuentra la teoría marxista, cuando pretende explicar el imperialismo social con sus instrumentos habituales meramente económicos. La clave está quizá en el carácter histórico de una gran parte de las categorías empleadas en la ciencia social. Pero, en realidad, a pesar del "historicismo" que, según se dice, nos domina, hay una tendencia que no deja de ser pintoresca, la de hacer históricas cosas que no lo son y, al contrario, tratar a las propiamente históricas como invariables y permanentes. Pues bien, el carácter histórico de ciertas categorías exige tomarse la pena de averiguar si se dan las condiciones reales que permitían su vigencia como instrumentos conceptuales eficaces. Con el término imperialismo puede ocurrir y ocurre que sea muy diferente su naturaleza según épocas y condiciones, y que lo que valga para una carezca de sentido para la otra. La sola presencia de la explotación económica no indica que se está ante un mismo fenómeno cuando la significación de aquélla es muy diferente. La riqueza no siempre ha significado lo mismo, aunque permanezca idéntico su valor económico; una alteración en los principios que determinan el *status* social puede dar a una misma propiedad un carácter primario o secundario. No es lo mismo cuando el prestigio recae sobre la posición de mando y la riqueza es una consecuencia que lo apoya o realza que cuando el prestigio recae directamente sobre la posesión de la riqueza. Quien tenga en cuenta estas cosas no podrá confundir, por ejemplo, las conquistas de un país feudal con las conquistas en la época del capitalismo liberal. Y, así, con otros muchos elementos, incluso de puro carácter económico. Un ensayo que ofreciera una tipología de las formas de conquista nos mostraría claramente que su significación es distinta según las peculiares

<sup>31</sup> La mejor ordenación de datos hasta ahora es la de Thomas REVEILLE, *The Spoil of Europe*, 1941.

condiciones socio-culturales del momento. Me he permitido escribir ese término compuesto para encerrar en un solo concepto lo que conviene señalar como más importantes. Y es que en ningún momento veríamos actuando sólo factores económicos —subjetivos de lucro u objetivos de estructura—, y sin la presencia de otras cosas al parecer muy lejanas de lo que ellos representan.<sup>32</sup> No creo, en consecuencia, que pudiera demostrarse tampoco la hipótesis enunciada anteriormente de que toda estructura económica tiene *su* propia guerra, en el sentido de un condicionamiento exclusiva y rigurosamente económico. Por consiguiente, un principio general de causación de la guerra por el proceso económico aparece así aún más problemático y la prueba incumbe a quien lo pretenda sostener.

La interpretación popular de los conflictos bélicos como consecuencia de hechos económicos se aferra especialmente a la inculpación de los *profiteurs* y de los traficantes de armas. Los primeros aparecen en realidad cuando la guerra está en curso y no pasa de ser un hecho de indecencia humana; aun en el caso más trágico de las guerras civiles se dan estos enriquecidos sobre el dolor de los demás, y no sólo de los extraños, sino de sus propios connacionales y “correligionarios”, pero sería demasiado otorgarles la significación grandiosa —aunque quizá les placiera dada su condición moral— de factores de guerra. En realidad no la tienen. Cosa distinta puede parecer la situación de los fabricantes y mercaderes de armas; sobre ellos existen investigaciones detenidas que ponen en sus justos límites la peligrosidad que les achaca la imaginación popular. Ciertamente han podido intervenir en algunas guerras menores entre pequeñas potencias y sus movimientos han sido perjudiciales en alguna ocasión; pero en uno y

<sup>32</sup> Un ensayo muy valioso en esta dirección es el de Arthur FEILER, “The Economic Meaning of Conquest”, incluido en el volumen colectivo *War in our Time*, 1939 (editado por Speier y Kähler). Aunque incompleto, apunta algunas ideas esenciales; por ejemplo, la significación distinta de la conquista en el capitalismo libre-cambista y proteccionista. El “proteccionismo aumenta la significación de la conquista”, tanto el propio como el ajeno; este último “ha incrementado extraordinariamente tanto la atracción de la conquista como de la autarquía” (p. 160). Sin emplear el término de imperialismo social, señala acertadamente, ante la vista de la expansión nazi, que “el último desarrollo del capitalismo nos retorna al estadio primitivo de los arrendatarios capitalistas de contribuciones y de los propietarios de plantaciones de Roma” (p. 163). Una gran riqueza de materiales y análisis encierra a este respecto la obra cumbre de Max WEBER, *Economía y sociedad*.

otro caso no puede dárseles el carácter de factor “determinante”. Es más, su misma presencia depende de la existencia previa de condiciones sociales generales que favorecen la posibilidad de la guerra. Por otra parte, las soluciones que se ofrecen a este problema no son más favorables a la paz.

2) Sin pretender, las más de las veces, emitir una teoría de carácter general, se señalan algunos hechos de carácter económico como causantes de ciertas guerras; especialmente de las de nuestro tiempo. El problema aparece así más reducido en sus dimensiones y es más fácil por eso de resolver; sin embargo, persisten en su análisis las mismas dificultades. En esto es típico lo que ocurre con los dos hechos más frecuentemente aducidos: la distribución de los recursos naturales y materias primas y la presión demográfica. Ambas cuestiones pueden desarrollarse en forma sensiblemente pareja. Los dos tipos de hechos son evidentes condiciones del conflicto bélico, especialmente en los tiempos recientes; pero ya es cosa distinta el que puedan ser causas exclusivas de guerra y, en todo caso, la imputación no puede hacerse en forma directa. La cuestión de los recursos ha sido popularizada con la conocida distinción de los estados *have* y *have not* y ofrece a estas alturas una literatura técnica abundantísima. Lo usual en esta literatura es la demostración de lo injustificado de aquella distinción *si* una adecuada organización económica permite a todo el mundo participar de ellos libremente. Ahora el problema está no tanto en si esa *condición* se ofrece realmente, cuanto en el sentido que pueda tener su existencia. Aquí aparece ya el tema de la causación mordidiéndose la cola. Con una predisposición pacífica, el hecho no tiene vuelta de hoja; ahí están todos los productos que se necesitan y que pueden obtenerse en intercambio pacífico, con la ventaja que ofrece además la división internacional del trabajo. Pero con una disposición bélica o ante un peligro de guerra el temor de que no se pueda disponer de ellos en tiempo oportuno, es cosa no menos evidente. De ahí el círculo vicioso típico que trajo consigo la pretensión autárquica de nuestros días. El temor o el propósito de guerra lleva a la autarquía y la autarquía lleva a la guerra o acrecienta sus probabilidades. Entonces tenemos lo siguiente: ¿qué es lo que causa a quién? ¿La mala distribución de recursos y materias produce la guerra? ¿O es la guerra la que produce la existencia de esa cuestión? Pero admitido que la causa está en la “realidad material” de los recursos:

¿cómo es posible la imputación directa? El concepto mismo de recurso significa algo que lo es porque se recurre a él con la capacidad de utilizarlo; implica por sí mismo una interpretación. Esto significa que para el problema de la causación lo que importa es esa interpretación y no los recursos o materias por sí. Y, naturalmente, es en esa interpretación donde pueden entrar elementos muy diversos; y entre otros, como se vió, el de la guerra misma.

Cosa análoga nos ofrece la cuestión de la presión demográfica. ¿Se trata de un argumento o justificación o de una causa real? La materia es más complicada que en el caso anterior; pero no muy distinto el esquema del razonamiento en el caso de la imputación causal. Un hecho anotado por todos plantea el problema con gran claridad: el que los dictadores contemporáneos, al mismo tiempo que argumentaban sobre la presión demográfica existente en sus países, tuvieran especial empeño en hacerla más intensa favoreciendo por todos los medios posibles el aumento de la natalidad. Excepto en condiciones muy primitivas, donde los fenómenos migratorios pueden explicarse como resultado de una fuerza instintiva y ciega, en todos los demás se plantea la duda de qué fué lo que motivó la emigración: si la experiencia de una pobreza real o la esperanza —justificada o no— de un mayor bienestar. De nuevo, pues, lo que importa es cómo se define una situación. Esto es lo que ocurre en el concepto de presión demográfica; puede sentirse o no, interpretarse de tal o cual manera y recibir soluciones muy distintas. Es difícil sostener, por eso, que la presión demográfica produce *necesariamente* la guerra. La cuestión es mucho más compleja, naturalmente, en los Estados industrializados modernos; cómo se define y comprueba la “presión” en cada uno de ellos es ardua tarea, sumamente técnica, de demógrafos y economistas. De todas suertes, las soluciones que pueden encontrarse son muy diversas: disminución consciente de la natalidad, mayor industrialización, emigración, simple resignación a un nivel de vida inferior, etc.; incluso la guerra, pero en este caso no como una fatalidad inevitable. La tesis de la causación “directa” de la guerra por razones demográficas es insostenible. Pero esto, tanto o más que en el caso anterior, no quiere decir que en la medida en que la situación demográfica es una de las condiciones de la vida social y materia de buenos pretextos, no sea una de las cuestiones que más cuidadosamente tengan que estudiarse en los esfuerzos por la preservación de la paz.

Aunque no tuvieran más importancia real —y sí la tienen— que la de impresionar la imaginación popular con el cubileteo de cifras que hablan, al parecer, por sí mismas, las cuestiones de población son unas de las más importantes de nuestra época, y debe hacerse todo lo posible por prever sus consecuencias y resolverlas de modo racional.

3) Un problema interesante, distinto de los anteriores, es averiguar si existe alguna relación entre los sistemas económicos y la guerra, no de causalidad forzosa, como ya vimos, sino en el sentido de que algunos pudieran ser más favorables que otros al desarrollo de las tendencias bélicas. Para ello, naturalmente, se requiere una clasificación más o menos correcta de esos sistemas. Algunas afirmaciones en este punto pudieran parecer extrañas y muy a contrapelo. ¿Es, por ejemplo, certera la tesis de Wright, de que el socialismo de Estado ha sido la economía de las sociedades más guerreras? ¿De que el capitalismo es más pacífico que el socialismo o el agrarismo? <sup>33</sup>

4) Hay algo, por último, en que el acuerdo es general. La miseria, la desorganización y la inseguridad económicas son un campo abonado para las aventuras guerreras. Los acontecimientos contemporáneos han mostrado bien a las claras que la desesperación que provoca la inseguridad económica es un resorte fácil de manejar para el que ofrezca en la conquista la solución de los males. Lleve o no en su seno, estructuralmente, las semillas de la guerra, si lo que “llamamos” capitalismo no resuelve medianamente el problema de la seguridad económica, de la ocupación y de las crisis, volverá a ofrecer con la desesperación el escape agresivo. Lo mismo si continúa manteniendo desigualdades muy notorias, tanto entre las capas sociales de un país, como entre los distintos países.

#### d) *La guerra y las ideas.*

He aquí a los hombres que, movidos por invencibles apetencias de poder y de lucro, o porque son prisioneros de las mallas de sus propias instituciones, un buen día desatan los horrores de la guerra que ellos mismos van a padecer. ¿Es esto cierto? Voluntarios de la muerte, marchan por centenares y por miles. ¿No pasa nada en su conciencia mientras avanzan? ¿Se sienten como si fueran realmente fuerzas impulsivas incontenibles? ¿Afirman que son simples rodajes ciegos de un implacable mecanismo institucional? Nadie ha comba-

<sup>33</sup> *Ibid.*, cap. xxxii, esp. pp. 1168 ss.

tido hasta ahora en esa forma. Confusa o clara, siempre se dibuja en ellos una justificación. Que ésta pueda ser falsa o engañosa nadie lo duda, pero la prueba incumbe al contemplador, no a los actores. Y, sobre todo, para nada importa en este momento. Verdadera o falaz, cierta o equivocada, la justificación es un motivo real, porque en su apariencia es la interpretación consistente de una circunstancia, el enlace de ciertos fines a las condiciones de una situación única.

Ningún acto individual o colectivo puede explicarse por la simple yuxtaposición de ciertos factores, por la adición de determinados datos e instrumentos en una situación. Es más, ésta misma no existiría si no se la viera como tal. Como algo que en principio es un problema, un enigma que exige ser descifrado, resuelto. La resolución, que es el acto, tiene que ser por eso el resultado —y no es otra cosa— de una operación previa, la “definición” de esa situación.<sup>34</sup> ¿En qué consiste ésta? Simplemente en contemplar ciertos hechos desde ciertas ideas: ideas sobre lo que parecen condiciones que no pueden alterarse cualesquiera que sean nuestros esfuerzos —que están así fuera de nuestro poder—; ideas sobre las que parecen condiciones modificables, es decir, más o menos plegables a nuestra acción; ideas relativas a los instrumentos al alcance de nuestra mano o de que podemos disponer; ideas, en fin, consistentes en los propósitos y fines que aceptamos como nuestros, en los valores que se consideran vigentes y que orientan la modificación efectiva que se va a intentar producir en la realidad. En una palabra, “definir” una situación consiste en realizar imaginativamente una conexión determinada entre las condiciones, los medios y los fines que aparecen dados dentro de ella. ¿Cuál de esos elementos tiene más importancia? Semejante pregunta no tiene sentido. Lo que importa es cómo hayan sido captados unos y otros. Tan grave en sus resultados es la percepción errónea de una condición, constituida por datos materiales, como el estado confuso de los propósitos, la vaguedad o contradicción de los valores<sup>35</sup> en que se apoyan. De

<sup>34</sup> Uso el término “definición de la situación” en el sentido que tiene desde Thomas.

<sup>35</sup> El sociólogo tiene que usar constantemente esta palabra. No por eso puede confundírsele con el filósofo, con el moralista o con el predicador. En principio al menos. El análisis sociológico tiene que decir, por ejemplo, si una sociedad está integrada o no con relación a unas cosas llamadas valores. En sí no dice nada sobre su contenido.

ser ocasión, veríamos que esas ideas tienen muy varia naturaleza; van desde el riguroso conocimiento científico hasta la construcción irracional del mito. Pero sólo podemos anotarlo y seguir adelante. Lo esencial ahora es que sin la aludida "definición" no existe una acción humana propiamente dicha, es decir, no se da ni puede darse una decisión. Y que la decisión es el punto en que se inicia la causalidad social. Por eso, sin decisión no hay tampoco responsabilidad.

En los actos colectivos no puede menos de darse la "definición" de la situación. Sólo que esta definición es también colectiva, del grupo mismo, y en ella participan las definiciones individuales con mayor o menor rigor —descontado ahora el caso del inconforme o disidente—. Ya sé que la cuestión es peliaguda y que el lector tiene algunas objeciones en su mente; pero tiene, por hoy, que quedar así. Pues el rápido esquema anterior sólo ha querido insinuar una mínima explicación de la frase escrita algo antes respecto a que en la causación social todos los factores han de pasar, por decirlo así, por la conciencia del hombre y justificar, sobre todo, el sentido general de lo que sigue.

La guerra es una acción colectiva y como tal supone la definición previa de una situación.<sup>36</sup> Cualquiera que sea el que la haga, en ella se combinan los factores diversos indicados antes —y otros muchos más— desde la perspectiva de un sistema de valores; en su interpretación, que los traba en conexiones recíprocas, es como se hacen operantes. En esa definición la guerra aparece como el medio adecuado para conseguir los fines que se persiguen dentro de las condiciones conocidas; por eso, y sólo por eso, se declara o inicia. Puede haber un error considerable en la apreciación positiva, o sea racional, de una u otra de sus condiciones o instrumentos de hecho; puede ocurrir que el sistema de valores desde los cuales el juicio se proyecta sea enteramente perverso. No importa; la conexión causal se ha producido y el acto comienza. Es un puro dislate, por consiguiente, prescindir en el estudio de la causación de la guerra de las ideas y los valores que los hombres tienen *ya* cuando contemplan su posibilidad y merced a los cuales ordenan los factores materiales con que parecen contar. Las ideas, los estados subjetivos, si se quiere, están así tan presentes y reales como los factores objetivos; ni unos ni otros son eliminables a capricho. Ninguna imputación concreta de las causas de una guerra puede ha-

<sup>36</sup> Podría argüirse que a veces las "definiciones" existentes de hecho son distintas. Es cierto. Pero en nada afecta esto a la causación.

cerse, por tanto, sin la consideración del sistema de ideas vigentes en ese momento o, en sentido estricto, de los valores *fundamentales* que prevalecen en la sociedad de que se trate. Mas como ahora no andamos en tarea semejante, ni tampoco se pretende trazar un cuadro histórico-sociológico de las relaciones habidas entre los sistemas de ideas y la guerra, sólo cabe aludir, en confirmación de lo anterior, a un grupo de ideas singularmente importante en el problema de la causación, a las que se tienen sobre la guerra misma o sobre el valor y significación de sus agentes colectivos. De ellas interesan, en especial, las que predisponen, intelectual y afectivamente, al conflicto bélico. Y como éste es un fenómeno irracional, aquellas ideas tienen el carácter de mitologías.<sup>37</sup>

a) *Mitologías de guerra*. Es incuestionable que en el momento de definir como bélica una determinada situación juega un papel muy importante el concepto que tengamos de la guerra misma. La tarea de filósofos, políticos y juristas no ha sido en este sentido nada estéril, y ha ido actuando lentamente en un sentido humano y moderador hasta los días de excesivo “desenmascaramiento” en que vivimos. Empero, no pretendo seguir las sugerencias que este tema ofrece, y me he de limitar a lo que son conceptos fundantes. Dos tipos de pensamiento sobre la guerra la favorecen y estimulan: las ideas que la explican como algo fatal y las que la exaltan como cosa deseable.

Es evidente que si pensamos que la guerra es connatural al hombre, vieja como el mundo y sólo con él precedera, estamos incapacitados para ninguna acción enérgica que trate de impedirla y desterrarla. ¿Y quién no lo piensa o lo ha pensado? Saturados por la contemplación de una historia que se concibe como un curso sin término de victorias y derrotas, la guerra es para nosotros un “hábito” cultural. Y éste nos desarma, aun sin la ayuda de teólogos, filósofos y políticos “realistas”. Sea porque el hombre es un pecador, sea porque es un ser estulto, la guerra va unida a la humana condición y nada puede hacerse en definitiva. Pero todavía existe otra convicción más profunda y peligrosa. La de creer que la guerra es necesaria y útil, la *ultima ratio* a que se tiene que apelar cuando se han agotado otros recursos.

<sup>37</sup> Hoy día, más que de ideas y valores, se suele hablar de símbolos. El término símbolo presenta facilidades al análisis semántico y sociológico. Empero, la disputa en torno a esto no me parece esencial. Y el empleo de la nueva terminología trastorna, por ahora, nuestros hábitos verbales.

Lo que aquí se declara adentra, sin embargo, sus raíces en estratos más últimos: la creencia extendida en el valor instrumental de la violencia. Es pueril pensar que porque esté inexpresa no por eso acecha nuestros actos en la gama entera de nuestras relaciones con los demás. La imposición atrae más que el compromiso; vencer parece más eficaz que convencer. La reiterada prueba de todos los fracasos no mella una fe continuamente renovada. ¿No estará quizás unida a un rasgo congénito del hombre? Dicho a la manera tradicional: ¿no será expresión de la "naturaleza humana"? Por ahora limitémonos a reconocer: primero, que no se puede eliminar a la violencia de la guerra si no se ataca al mismo tiempo la creencia generalizada en el valor "metódico" de la violencia en la resolución de otros asuntos humanos de menor volumen y aparato; segundo, que la persistencia de la idea de la guerra como *ultima ratio* es un factor intelectual que la provoca y fomenta, tan fuerte como puedan ser los factores materiales en que se apoya. Pero también debe reconocerse que, aunque la violencia ha continuado latente en todas las relaciones interhumanas, la inhibición de su justificación verbal ha sido causa y síntoma al mismo tiempo de su lenta y relativa dominación. La única violencia de que en nuestra civilización pudo hacerse, hasta hace poco, pública declaración de su valor fué la violencia guerrera. Si alguna vez esto se tiene por indecente, quizás actúe paso a paso en la actitud mental. Tienen la palabra los "realistas".

La influencia de las ideas anteriores en cuanto *a priori* culturales que conforman nuestra óptica política es seguramente más profunda que las ideologías que exaltan a la guerra. Hay la diferencia que va de la convicción a la retórica. Los cantos a la guerra como creadora de virtudes e instrumento cargado de destino se prestan, en efecto, al reclamo de las palabras grandiosas y solemnes. Todo el peso afectivo de vocablos sagrados y misteriosos cae un día sobre el hombre humilde y lo exalta al ensueño del héroe. Pero la desilusión puede venir pronto, aunque sea tarde; la idea de que la guerra es fatal no lleva, en cambio, consigo ningún desengaño. He aquí por qué la resignación es más grave que la exaltación. Las ideologías de exaltación guerrera interesan, empero, sociológicamente como el signo delator de un clima político o de una situación social. Y a los efectos de la prevención de la guerra, son un índice grave: no interesan en este

caso como expresión de un pensador aislado sino en la medida en que van apoderándose de la conciencia colectiva. El problema teórico y práctico es entonces el mismo: ¿qué es lo que hace posible esa propagación? ¿Cuáles son las condiciones que la favorecen? ¿Por qué la obra de un determinado pensador hizo mella ahora y no antes?

b) *Mitologías de patriotismo y expansión.* Con las ideas sobre la guerra van aparejadas en sus efectos causales las ideas que se tienen sobre el sujeto colectivo que hace la guerra y su significación cultural. La médula de esto es la apreciación exagerada del valor del propio país, de sus hechos y realizaciones. El patriotismo aparece como un arma de doble filo, como un Jano bifronte; puede ser al mismo tiempo un sentimiento noble y necesario y un sentimiento estúpido y destructor. Todo el problema está en que se pueda conseguir mantenerlo tan sólo en su aspecto fecundo. La tarea no parece insoluble en la medida en que, como todos saben, no es en modo alguno un sentimiento natural, sino fomentado y orientado por la educación. Los problemas que aquí se presentan son bien conocidos y se han discutido y abordado en todos sus detalles. Desde las consecuencias generales del culto exclusivo del héroe militar, con olvido de los heroísmos cotidianos y sostenidos que han producido la ciencia, el arte y el bienestar material, hasta los efectos de los libros de texto en que se alimenta la pedagogía patriótica. ¿Hay alguna esperanza de que los pueblos se decidan a cultivar el tipo de patriotismo inteligente y creador que es necesario en beneficio de todos?

Pero los hombres no sólo gozan de lo que consideran valioso, sino que quieren imponer su goce a los demás. A esta peregrina tendencia se deben esas ideas de misión y de destino que sostuvieron y sostienen pueblos diversos. Sería un error creer que la preocupación por el prestigio cultural y su expansión es siempre una mera cobertura o racionalización de otros impulsos subyacentes. Es una fuerza auténtica, simple refinamiento de un ancestral etnocentrismo; puede mezclarse a otras cosas y hacernos sospechar con razón del peso efectivo de penosas "cargas". Pero, con todo, es una tendencia real que seguirá mientras los hombres no aprendan a superar sus estrecheces domésticas y a encontrar en las obras de los demás la mayor riqueza de la vida. Hay que convencer a las gentes de que los "destinos manifiestos" sólo manifiestan en realidad pobreza, miopía e incapacidad de lo universal.

e) *La guerra y la naturaleza humana.*

El interrogante antes planteado por la persistencia de la fe en la violencia nos trae a redondear este capítulo sobre la causación de las guerras con unas breves alusiones al problema psicológico. ¿No se deberá esa persistencia a la estructura psíquica del hombre y será por eso invariable? El tema de la naturaleza humana pasa ahora de los filósofos a los psicólogos. ¿Entre los mitos de la “bestia rubia” y del “buen salvaje”, ha encontrado ya la ciencia un camino seguro? La discusión está —o, mejor dicho, estaba— en averiguar si la agresión es un instinto congénito o una tendencia adquirida. No hace muchos años, la interpretación instintivista dejaba en su triunfo pocas esperanzas. Hoy escasos psicólogos sostienen todavía la fatalidad psicológica de la guerra. Pero, aunque adquiridas, las tendencias agresivas no son fácilmente desarraigables. La psicología más moderna atenúa el fatalismo anterior, pero nos advierte, por ejemplo, que si la tarea de eliminar las “mayores” frustraciones no es imposible, habrán de quedar, sin embargo, bastantes de ellas, casi inevitables, para que el hombre no deje de destilar el veneno secreto de sus impulsos negativos. Y lo hacedero, que es mucho, no es sólo tarea de educadores y psicólogos actuando sobre el alma, sino de todos los demás que pueden actuar, modificándola, sobre la realidad de la vida en sus condiciones económicas y sociales.

Pero no sólo existen las tendencias agresivas —adquiridas o heredadas—; los seres humanos aceptan a veces la guerra con goce porque es el único medio de salir del tedio y la mediocridad de sus vidas. La evasión de lo cotidiano insoportable y la posibilidad de satisfacer el deseo de aventura que la rutina niega, son impulsos psíquicos que la guerra colma por más o menos tiempo. El “equivalente moral de la guerra” es el problema advertido por James, que los hombres no se han decidido todavía a resolver en serio.

### III

#### EFFECTOS SOCIO-CULTURALES

Grandes generalizaciones sobre los efectos de la guerra en la sociedad y en la cultura pueden hacerse con intenciones apologéticas o denigratorias. Pero puede decirse muy poco que tenga inmediata validez para toda circunstancia. Es cierto que pueden emitirse dos afirmaciones que parecen tener valor universal; mas esta universalidad indica que se trata de principios extremadamente generales que funcionan en la realidad entre límites muy amplios. Puede sostenerse, en efecto, que la guerra produce fenómenos de desorganización en los grupos afectados por ella y que tiene un peso propio en el proceso de cambio. Pero con esto no se ha adelantado demasiado si no se entra de lleno en un examen de la desorganización y del cambio, tanto en su aspecto analítico como en el de sus variadas manifestaciones históricas. La guerra provoca la desorganización<sup>38</sup> de ciertos grupos y con ella la individual —al tiempo que determina, como vimos, la mayor cohesión de otros más amplios y abarcentes— al romper tanto los motivos de lealtad como las rutinas de ejecución. Pero la desorganización puede ir desde un desajuste menor y temporal a un estado de *anomia* que se extienda por toda la sociedad. Esto depende de una serie de condiciones concretas, entre las que se cuentan el número e importancia social de los grupos afectados, el tipo de la guerra que se realice y la integración mayor o menor de la sociedad de que se trate. Por tanto, esa desorganización lo mismo puede acabar en el aniquilamiento completo de una sociedad que en una reor-

<sup>38</sup> La dirección de Sorokin parece correcta al estudiar la guerra como una de las calamidades que caen sobre el hombre y la sociedad: *Man and Society in Calamity*, 1942. Como en otros de sus libros, los análisis de Sorokin son muy ricos en sugerencias para el lector que no se ofusque por la unión del predicador y el sociólogo. Una vez hecha esta separación, pero no antes, pueden tomarse las posiciones que se quieran.

ganización y reconstrucción superadora para la que aquélla haya servido de estímulo y provocación. Lo mismo ocurre si lo que observamos es el proceso de cambio; la guerra puede poner en marcha ese proceso, acelerarlo o ser simplemente su resultado. Cosa que muestra el tema de las relaciones entre la guerra y la revolución. Es muy posible, como algunos sostienen, que la mayoría de las guerras más importantes estén unidas a una revolución; pero sin referirnos al caso concreto no puede saberse si la guerra determina la revolución o si es un simple instrumento de una revolución ya en marcha. Estos principios podrían rellenarse de mayor contenido si los proyectáramos sobre una determinada tipología, bien de la guerra misma, bien de las formas de estructura social. No es difícil de sospechar que, según los tipos de una y otra, los efectos desorganizadores y las consecuencias en el dinamismo social son diferentes; y por eso no sería incorrecto suponer, por ejemplo, que una guerra totalitaria ha de repercutir con mayor intensidad en todos esos aspectos que una guerra limitada y estrictamente instrumental. Así es realmente. Pero, hasta donde se me alcanza, esto no ha sido intentado todavía en esa forma. Hasta ahora, esos principios sólo han sido empleados como hipótesis para la exploración de fenómenos determinados en una sociedad dada en las escasas investigaciones sociológicas que poseemos sobre los efectos de la guerra.<sup>39</sup> Tales hipótesis se han mostrado, desde luego, fecundas. Con renuncia dedicada a toda pretensión sistemática y con la mirada puesta en el futuro, me limitaré en lo que sigue a una selección, que tampoco por eso es arbitraria, de algunos de los efectos de la guerra en la sociedad *contemporánea*.<sup>40</sup>

1) Por lo pronto, conviene examinar los efectos de la guerra sobre las inmediatas posibilidades de paz. Cabe aquí seguir diversos hilos. En primer término, el tránsito brusco de las actividades bélicas a la

<sup>39</sup> Aun para un solo país carecemos de estudios de conjunto. Con datos sobre Estados Unidos puede tomarse como modelo el esquema de WILLARD WALLER: "War and social institutions", incluido en el volumen colectivo editado por él con el título *War in the Twentieth Century*, 1940. Sobre la guerra en curso sólo se poseen datos norteamericanos y, con mayor dificultad, de Inglaterra.

<sup>40</sup> Hago caso omiso de las repercusiones demográficas. Dentro de un determinado organismo demográfico o área de población, es una tarea fácil para los especialistas señalar algunas consecuencias y adelantar pronósticos precisos, aunque limitados. En cambio, es una cuestión que quizá no pueda ser resuelta *en general* la de los posibles efectos selectivos de la guerra.

organización de la paz (firma de tratados) se hace todavía en una atmósfera de violencia y resentimiento que dificulta extraordinariamente la consideración ecuaníme de los problemas. Y aunque los hombres de Estado, atareados con esa misión, se esfuercen, como es natural, por superar estrecheces vindicativas y por alcanzar perspectivas de larga distancia, la presión que sobre ellos puede ejercer la opinión pública es lo suficientemente fuerte para frenarlos en muchas de sus decisiones. Los tratados de paz de las pugnas dinásticas podían realizarse con una frialdad que hoy ya no permite la participación de las masas doloridas y agraviadas. Romper la cadena de la violencia una vez que ésta se inicia es un problema ciertamente difícil, que no siempre los hombres han podido resolver. Una paz mal concluída es un simple armisticio; y en ella están prefigurados todos los motivos de conflicto que han de llevar a la próxima guerra. Entre los extremos del completo olvido y del aniquilamiento absoluto, ambos humanamente imposibles, está el punto difícil y estricto que, de ser acertado, podría llevar a una normalidad duradera. Pero ese acierto, si no es obra de una inspiración feliz, tiene que ser el resultado de una ponderación racional casi imposible en una atmósfera de tensiones pasionales. En forma más aguda y visible es el problema que presenta la terminación de las guerras civiles. En una palabra, la guerra no sólo rompe con un estado de paz, sino que trae como sus primeros y más inmediatos efectos el arrastre denso de todas las predisposiciones a la intolerancia que dificultan el retorno a un orden pacífico. Por otro lado, la habituación a la acción violenta por parte de los individuos, el regusto por la aventura, puede repercutir en formas diversas tanto en la política interior como en la internacional, siempre tendientes a la provocación de nuevos conflictos bélicos. Si la vuelta a la normalidad fracasa en la reabsorción y reeducación del tipo humano modelado forzosamente por el curso de la guerra, el quiste de inconformidad constituído por los individuos inasimilables puede hacer imposible toda estabilidad con arreglo a los viejos patrones. Una sociología de los *arditti* sería representativa de la cuestión a que ahora se apunta y sumamente aleccionadora. Pues la significación de los “desesperados” en el pasado inmediato de la historia europea ha sido tan decisiva, que de su inexistencia futura dependen muchas proba-

bilidades de paz.<sup>41</sup> Los planes de “desmovilización” moral tendrían, por eso, que ser tan cuidadosamente estudiados como los referentes a la desmovilización material.<sup>42</sup>

Una organización fracasada de la paz significa que queda presente la amenaza de violencia para una fecha más o menos lejana. Y esa expectativa, intolerable para los individuos, acaba por provocar y adelantar su explosión efectiva. Y ya se vió antes el porqué en una alusión que conviene ahora recoger. La expectativa de violencia crea un estado de inseguridad personal, de ansiedad, que acaba por ver en el acto violento mismo la relajación de una tensión insostenible por largo tiempo. Expresado concretamente con relación a la guerra: la amenaza de ésta, su expectativa dentro de un plazo mayor o menor, provocan una psicología de inseguridad propicia a ver en la guerra la única salida.<sup>43</sup> El estado de inseguridad, cualquiera que sea su raíz, es algo que el hombre no puede soportar permanentemente y que en nuestras sociedades complejas tiene consecuencias gravísimas. Hoy se sabe con completo acuerdo que ese estado es el soporte de todos los fenómenos de masa y de todos los abandonos de la libertad y la responsabilidad propias. Por tanto, no sólo favorece la aventura bélica, sino la aparición de los regímenes políticos y sociales que descargan al hombre del peso de una decisión que se le escapa, permitiéndole la huída de su libertad. La historia de Europa, desde que se desvanecen las ilusiones de recuperación que ofreció la inmediata postguerra, representa un caso típico para estudiar el fenómeno de

<sup>41</sup> Es significativo que un economista de prestigio como M. J. Bonn destaque esta cuestión como una de las más graves del futuro: “El problema central de la paz consistirá en lo que tenga que hacerse con todos esos millares de jóvenes —aviadores, marinos, tanquistas— que afrontan la muerte, sin vacilación ni miedo, todos los días durante meses y años y en todos los continentes, mares y cielos. ¿Podrán encajar luego en la vida gris y sin excitantes que ofrece una sociedad técnicamente avanzada?... Sus predecesores y la juventud que en ellos se inspiró fueron en gran parte los responsables de los mayores trastornos de los últimos veinte años. ¿Serán distintos los actuales?... Puedo plantear la cuestión, pero ya no me atrevo a contestarla.” “The Structure of Future Society”, en *Economics Problems of War and its aftermath* (edit. por Ch. W. Wright), 1942, p. 189.

<sup>42</sup> Recordemos de nuevo que ésta es la cuestión más aguda que dejan planteadas las pugnas civiles, y más difícil de resolver, si cabe, que en las guerras internacionales.

<sup>43</sup> La literatura psiconalítica presenta en este punto análisis interesantes, que no es necesario pertenecer a la *escuela* para apreciarlos debidamente. Véase especialmente el citado libro de LASSWELL, cap. III.

los efectos de la inseguridad en la psicología individual y en la vida colectiva.<sup>44</sup>

Parece ser un propósito actual el evitar en lo futuro esos estados de inseguridad; pero, aun admitiéndolo como sincero, se observa una acentuación por la seguridad económica que deja peligrosamente en la penumbra el factor de inseguridad que trae una amenaza de guerra no desterrada o implícita quizá en los mecanismos adoptados como garantía de paz.

Un tema que sería apasionante poderlo seguir en todos sus detalles es el del espíritu de revancha y sus efectos, no sólo en la vida política, sino cultural. Carecemos, sin embargo, de una ordenación de los materiales indispensables. El espíritu de revancha, se nos dice, nace de la humillación de una guerra perdida. Ahora bien, esta afirmación es todavía por sí insuficiente y sólo abre, en todo caso, la puerta a los interrogantes que verdaderamente interesan. Pues puede observarse que no siempre toda guerra perdida provoca el nacimiento del espíritu de revancha. ¿Cuáles son, pues, las condiciones para que éste surja? En la guerra del 14, una nación como Turquía convirtió su derrota en un ímpetu constructivo y renovador, sin complejos de humillación y sin propósitos agresivos. ¿Qué es lo que explica la diferencia de conducta entre la nueva Turquía y la Francia del 70 o la Alemania del 19? Por otra parte, el espíritu de revancha puede tener repercusiones que trascienden de la mera preparación guerrera y que afectan no sólo a la cultura del país que lo mantiene, sino a la de todos los demás. Se entra aquí en un terreno tan atractivo como paradójico. En él se unen los enigmas de la creación y difusión culturales con los de la energía y vitalidad de los pueblos. Al parecer, la victoria no garantiza siempre la fuerza creadora, ni siquiera la capacidad de defenderse de la inoculación de las producciones espirituales de los pueblos vencidos, que entran en los vencedores como veneno mortal. Sería interesante, por ejemplo, que alguien analizara algún día todo lo que en la cultura alemana de la

<sup>44</sup> En este sentido, las interpretaciones más inteligentes de los orígenes del nazismo no son las que se esfuerzan por señalar características específicamente alemanas sino las que desentrañan las condiciones psico-sociales que lo hicieron posible y que pueden darse en cualquier otro país. Es esta posibilidad la que interesa conocer precisamente. Véase, por ejemplo, Peter DRUCKER, *The End of the Economic Man*, 1930, y para un análisis psicológico, Erich FROMM, *Escape from Freedom*, 1941.

post-guerra tiene sus raíces en el suelo movedizo de la derrota, la desilusión, la humillación y el espíritu vindicativo, y no menos aleccionador sería reseñar de qué manera estos productos fueron aceptados por las minorías intelectuales de otros países que se encontraban en condiciones muy distintas; y no me refiero, naturalmente, a las simples ideologías políticas, sino a otros productos culturales muy alejados aparentemente de todo propósito activo; no ya sólo la geopolítica, por ejemplo, sino la misma filosofía existencial. Una averiguación semejante podría realizarse respecto de la Francia del 70, de la España del 98 y de otros países y épocas. Los resultados interesan no sólo para una teoría de la difusión cultural, que se encontraba hasta ahora, como luego veremos en rápida alusión, algo incompleta, sino para la previsión y la política práctica en el momento de la organización de la paz. En ese instante sería de desear, si no una respuesta plenamente satisfactoria, sí, por lo menos, una conciencia clara de los interrogantes antes formulados, que plantean los hechos del espíritu de revancha y del sentimiento de derrota.

2) Hasta los manuales más elementales llega la experiencia milenaria de que la guerra es una de las formas del contacto que inicia la difusión cultural. Y no menos se repite la afirmación de que ella es así un factor considerable del dinamismo y cambio sociales. Los ejemplos históricos pueden llenar páginas y páginas. Pero, por lo que respecta a la sociedad contemporánea, los problemas teóricos y prácticos que traen consigo semejantes afirmaciones tienen que ser examinados con algún cuidado.

En nuestra sociedad, extremadamente dinámica y sujeta a un proceso de cambio de una velocidad sin paralelo en la historia, los efectos aceleradores o transformadores de la guerra pueden ser menores, si no distintos, que en otras épocas. En un caso hay el peligro de atribuir a la guerra consecuencias que ya estaban contenidas en el movimiento social y que se hubieran producido sin su ayuda. Esto puede acarrear cierta miopía para comprender las transformaciones de las instituciones políticas y económicas, cuando se las considera como alteraciones de carácter temporal a cuenta de la guerra. En otro caso, el peligro está en creer que la aceleración provocada por la guerra es siempre beneficiosa y no un elemento perturbador. Pues pudiera suceder que la guerra no sólo hiciera innecesariamente más complicados los problemas de ajuste y organización que plantea por sí mismo el

proceso de cambio social originado por otras causas, sino que significara, por sus efectos, un retroceso en las soluciones trabajosamente logradas en los esfuerzos de muchos años de paz. Al menos es esta una posición que pueden mantener fundadamente los hombres de tradición liberal.<sup>45</sup>

Por lo que se refiere a la guerra como ocasión y punto de arranque de la difusión cultural, el estado a que ha llegado la construcción analítica de este tema no permite mantener ilusiones simplistas, como sería creer en la unificación de las ideas o de las instituciones gracias al prestigio del vencedor, constituido en centro difusor de gran radio. Ilusión, por ejemplo, que dominó en la postguerra del 14, con la creencia en el triunfo universal de la democracia. La teoría de la difusión cultural ha logrado actualmente un gran refinamiento gracias a los etnólogos, y sus conclusiones pueden aplicarse con fruto a los contactos entre las culturas superiores. No es el momento de extenderse en el examen detallado de esa teoría y sus consecuencias para la interpretación histórico-sociológica. Basta llamar la atención sobre el significado del concepto central de “transculturación”,<sup>46</sup> que subraya el carácter de reciprocidad en los contactos entre dos culturas, y aludir a la posibilidad de lo que se ha llamado en agudo ensayo reciente<sup>47</sup> “la transculturación antagonista”, es decir, un esfuerzo por dar con creaciones culturales deliberadamente diferentes de las ofrecidas por el pueblo antagónico. Las condiciones materiales de vida, casi uniformes por todo el mundo penetrado por la técnica y la economía de Occidente, justifican la creencia de una progresiva unificación en todos los ámbitos de la cultura, y de hecho esa unificación se ha llevado a cabo en buena parte de un modo insensible. Pero no deben sobrestimarse ni su amplitud ni su rapidez, y esto sin discutir su conveniencia. La facilidad en la aceptación general de ciertos elementos culturales no significa que pueda darse en igual grado para todos los demás. Ciertamente que la organización requerida ya por el mundo cerrado y concluso en que vivimos tiene como supuesto un *mínimo* de convicciones y valores en que todos coin-

<sup>45</sup> Véase como ejemplo reciente: H. E. BARNES, *Social Institutions*, 1942, pp. 309 ss.

<sup>46</sup> “Acculturation”, en inglés.

<sup>47</sup> G. DEVEREUX y E. M. LOEB, “Antagonistic Acculturation”, en *American Sociological Review*, vol. 8, nº 2, p. 133.

cidan y participen; mas también aquí el proceso que lleve a esa meta ha de ser espontáneo, con toda probabilidad no muy rápido y en modo alguno impuesto o forzado. El conocimiento de los mecanismos sumamente sensibles y variados que entran en la difusión cultural debería tenerse muy en cuenta en las especulaciones contemporáneas sobre la fisonomía del mundo futuro, que pecan más de una vez de excesiva simplicidad. El hecho de que cuando dos sistemas culturales se ponen en contacto, la difusión o copia no se produzca necesariamente en una sola dirección, sino que más bien exista siempre una penetración recíproca mayor o menor; la posibilidad de aceptar las técnicas o medios de una cultura sin que por ello se admitan sus fines supremos, sus valores y actitudes ante la vida; la posibilidad de que un determinado modelo cultural provoque una reacción completa y antagonista si ese modelo proviene de un país considerado enemigo, etc., son cosas que deberían pesar en algunas discusiones que adolecen de ingenuidad, por ejemplo, cuando se piensa en el contacto de las tradiciones político-económicas del mundo occidental con las estabilizadas en el mundo soviético, etc. Y, sobre todo, sería de desear que pesaran en la conciencia de los dirigentes responsables del futuro próximo, de modo que les eximiera de exageradas preocupaciones tutelares y, cargándoles de tacto, les evitara incurrir en actividades que pudieran provocar creaciones culturales de carácter “antagonista”, de otra suerte nunca nacidas.

3) Para muchos la desorganización social es el reverso de un cambio brusco, la consecuencia de una transformación demasiado rápida de algunos segmentos de la sociedad a cuyo paso no pueden ponerse los restantes. Quizá no sea esto siempre exacto, pero basta en este momento para percibir que si la guerra promueve o acelera, al menos, el proceso de cambio, tiene que dar lugar a efectos desorganizadores, es decir, a dislocaciones mayores o menores en el sistema siempre imperfecto que es una sociedad concreta. Ahora bien, estos efectos no pueden estudiarse sino con relación a un sistema determinado y quizá, mejor aún, con relación a una sociedad dada, cuya estructura se conozca con precisión. Generalizaciones que abarquen momentos históricos distintos o sociedades heterogéneas sólo pueden ser muy limitadas. Aceptando así la relativa ficción de que la sociedad occidental ha permanecido como un sistema sensiblemente idéntico en el período que demarcan las dos grandes guerras mundiales, pue-

den señalarse algunos efectos sobre las instituciones, como ejemplo, en todo caso, de los problemas que presenta este campo de investigación.

Veamos en primer lugar el efecto aparentemente paradójico, ya indicado, de que la guerra sea al mismo tiempo factor de integración y desintegración. La situación de guerra promueve al máximo —o a ello tiende en los momentos iniciales— la cohesión nacional, es decir, del grupo hoy día más amplio y abarcante, pero, por lo mismo, tiende a aflojar todos los vínculos sociales particularistas que son incompatibles con el propósito unificador de la voluntad colectiva o meramente no necesarios. Por eso, si integra al grupo mayor, desintegra, en más o en menos, a casi todos los demás grupos menores de que aquél se compone. La tensión máxima del esfuerzo bélico no permite distracciones de energía y, por otra parte, la acentuación de los valores nacionales —empezando por el de la propia subsistencia— deja en la penumbra a los valores peculiares que mantienen los distintos grupos y asociaciones. Ahora bien, en la medida en que estos últimos dejen de alimentar la actividad sostenida de algunos hombres, se desvanece en la inacción la realidad de estas o aquellas formas sociales o se alteran de alguna manera. El problema que este fenómeno plantea no tendría excesiva importancia si pudiera considerarse necesariamente transitorio; pero hay la posibilidad de que algo se pierda en el camino y de que las transformaciones ocurridas en el lapso de la guerra dejen una huella permanente. Esto es en realidad lo más probable y lo que confirma la experiencia contemporánea. A la luz de estas ideas, los sociólogos han analizado los efectos de la guerra sobre algunas instituciones que, dejando aparte las económicas y políticas, comprenden especialmente las familiares, las educativas y las religiosas. Cada una de las cuales, dentro de la tendencia señalada, responde en forma distinta a los fermentos desorganizadores, según su arraigo y su naturaleza propia.

Antes, sin embargo, de que intentemos reseñar en rápida pincelada algunas de las alteraciones más generales de las instituciones citadas, conviene recordar otros cambios de mayor alcance. Me refiero a los que pueden ocurrir a consecuencia de una guerra en el conjunto de convicciones y en el sistema de *status* vigentes en una sociedad; alteraciones éstas de gran trascendencia en la medida en que semejantes elementos constituyen el núcleo de toda estructu-

ra social. Si toda nueva experiencia es un reto al repertorio de nuestras ideas, una de la envergadura de la guerra ha de ser una prueba muy dura para todo lo que hemos adquirido —modos de sentir y pensar— en condiciones muy distintas; en la vida contemporánea esto se agrava cuando la propaganda necesaria para mantener el entusiasmo combativo fomenta ilusiones que luego se frustran en el retorno a la paz. La caída vertical de esas ilusiones puede arrastrar consigo las convicciones y valores que parecían más arraigados y profundos. Esta ha sido la historia del hombre europeo en la época desencantada de la post-guerra. No pretendo en modo alguno mantener una imputación precisa y achacar a esos días de desilusión la causa de las vacilaciones que entonces se muestran en lo que hasta ese momento habían sido sus creencias fundamentales. Lo probable, sin embargo, es que algo tengan que ver la guerra pasada y sus consecuencias en ese proceso de crisis ideológica que todavía vivimos. En la guerra en curso, medio se han apuntalado algunas convicciones, pero, en general, se ha sido más parco en la destilación de ensueños, y ese mayor escepticismo y frialdad del actual combatiente no deja de ser una ventaja para los días futuros. Empero, más soterradas, quizá por ser más primarias y más simples, las esperanzas e ilusiones con que hoy se lucha tienen que encontrar su satisfacción en la organización de la paz, so pena de catástrofe. Sólo sobre el supuesto de que esas aspiraciones se vean colmadas cabe pensar en la posibilidad de que se inicie el proceso de reconstrucción de ciertas creencias básicas sin las cuales es imposible un orden social medianamente estable y duradero. No debe olvidarse, sin embargo, que la guerra despierta también muchas potencialidades antes durmientes, sobre las que se debe velar con inteligencia para aprovecharlas, ya funcionalizadas, en los tiempos normales.

Las modificaciones en el *status* social suelen ser un reflejo de cambios en nuestras valoraciones. Y en esto las guerras han solido influir decisivamente. En nuestra época, los cambios en el sistema del *status* son notorios durante el transcurso de la guerra misma, algunos pasajeros, otros más permanentes. Durante la guerra se destaca y crece el *status* del militar, el uniforme cobra mayor brillo y prestigio; asimismo, las barreras sociales tienden a desaparecer y se produce una fusión emotiva y un mayor contacto personal y directo entre to-

das las capas sociales. Dos efectos, por lo general temporales, que, de estabilizarse, actúan precisamente con signo contrario. A la guerra del 14 se deben alteraciones considerables en nuestro sistema de *status*; el ejemplo más notorio es el de la mujer, que alcanzó de un golpe una situación de igualdad por la que venía luchando sin grandes éxitos en las décadas anteriores. No menos decisivo fué el papel —a veces exagerado— que obtuvo la juventud en la época de la post-guerra.

De la guerra actual se seguirán seguramente variaciones importantes en el *status* de muchos grupos funcionales y profesionales, como son los aludidos al comienzo de estas páginas. Hay que reservar el juicio, sin embargo, sobre las afirmaciones de algunos observadores —de la vida inglesa, por ejemplo—, pues pueden incurrir en la equivocación repetida de confundir una tendencia durable con lo que puede ser un fenómeno temporal. Debe, empero, reconocerse que esta vez todas las condiciones reales militan en su favor y que una guerra totalitaria ha de provocar consecuencias mucho más profundas y duraderas que otras de tipo distinto.

Las instituciones familiares han sido las más favorecidas por la atención del investigador contemporáneo. Y se comprende fácilmente. No sólo por la importancia que sigue conservando el grupo familiar, sino porque éste es uno de los más directa y diversamente afectados por los acontecimientos de la guerra. Durante su transcurso, la familia sufre inmediatamente las consecuencias de la ruptura de los hábitos de vida, del racionamiento y la contracción del consumo, de la ausencia de varones y el empleo sucedáneo de las mujeres, de la mayor libertad en las relaciones sexuales, etc. Las familias constituídas sufren dislocamientos definitivos por la muerte o incapacidad de algunos de sus miembros y nuevas familias se fundan precipitadamente. Todos estos efectos se acumulan en la post-guerra junto a otros nuevos que pueden influir asimismo en la estructura futura del grupo familiar: de carácter material, como son las alteraciones en la composición de la población y sus grupos de edad; o de carácter espiritual, como pueden ser las transformaciones en las ideas y en las actitudes respecto de la familia misma, el matrimonio, el papel de la mujer, la orientación de la natalidad, las relaciones entre los sexos, etc. Desde la última guerra, la familia ha mostrado tendencias

paralelas en todos los países industrializados, aceptadas luego por difusión cultural en otras partes.<sup>48</sup>

Las instituciones educativas sufren igualmente dislocaciones en todos sus grados, desde la escuela elemental hasta los centros superiores de investigación. Su personal educador se desplaza hacia otras funciones, bien directamente bélicas, bien al servicio de la guerra, y la población escolar se altera también lo mismo durante la guerra que después. Varias generaciones sufren en su formación vacíos difícilmente reparables, que no dejan de repercutir en la vuelta a la normalidad. El estudio cuidadoso de las experiencias de la última guerra ha permitido durante la actual limitar algunos de estos efectos. (La política inglesa en este respecto parece haber sido especialmente interesante, pero, como es natural, no puede ser apreciada todavía debidamente.) La cultura en general padece durante una guerra en todos aquellos de sus campos no directamente relacionados con ella, y tiende a perder en cantidad, calidad y libertad de espíritu.<sup>49</sup>

En las instituciones religiosas ha repercutido la guerra en los tiempos modernos en forma, al parecer, contradictoria. Aumentando la fe en algunas personas y destruyéndola en otras. Los sufrimientos personales y familiares, las desilusiones, los desengaños morales y las crisis intelectuales llevaron a un buen número de hombres al seno de sus iglesias y a la vigorización de su fe. Pero otros muchos se sintieron asqueados ante el espectáculo de las iglesias militantes y perdieron la fe en un dios que aparecía como el dios de las batallas, o, más correctamente, negaron su adhesión a aquellos de sus representantes en la tierra que "presentaban armas" o eran voceros de

<sup>48</sup> La política fascista trató de cortar algunas de esas tendencias, pero no pueden juzgarse sus resultados dada la brevedad y anormalidad del tiempo en que se aplicaron sus medidas.

<sup>49</sup> El cuadro sombrío que nos pinta Barnes no es muy exagerado: "La guerra tiene efectos desastrosos en la cultura. La inteligencia se aparta de la literatura, de la música y del arte y se aplica a matar enemigos o a mantener la moral de los dedicados a la matanza. Incluso la actividad artística que todavía queda se dedica fundamentalmente a despertar y mantener el odio y a reforzar la moral militar. . . Muchas catedrales, bibliotecas y otros monumentos arquitectónicos pueden ser objeto de bombardeos y de incendios, lo mismo que los museos, destruidos o tiroteados. La actitud científica tiende a rebajarse. Los hombres de ciencia mejores pueden llegar a la mentira y al falseamiento en méritos de la propaganda guerrera. El esfuerzo científico se dedica al descubrimiento de métodos más eficaces de destrucción. . ." *Ob. cit.*, p. 343.

nuevas e insostenibles "cruzadas". La profundidad y dirección de estas repercusiones han sido distintas según países y confesiones, constituyendo un tema de investigación en modo alguno agotado. Otras instituciones, como las relativas al ocio y al recreo, están todavía menos exploradas. Cada una de las citadas instituciones podría ser estudiada en otro aspecto, en el de su significación para el mantenimiento de las actitudes bélicas; pero, fuera del tema general aquí perseguido, me limito a esta indicación.

Ahora bien, no debe perderse de vista, cuando se investigan los efectos de la guerra en las instituciones sociales, que algunas de las transformaciones ocurridas en éstas pudieran encontrarse contenidas en las tendencias de su propio desarrollo, y que sería entonces un error atribuir las puramente a los trastornos de esa guerra.

4) Esto se aplica singularmente a las alteraciones ocurridas ante nuestra vista en las instituciones económicas y políticas. Ante ellas hay que preguntarse qué es lo que se debe a las repercusiones de la primera guerra mundial y qué es lo que proviene de su propio movimiento interno en un mundo ya muy alejado de aquél, mucho más sencillo, en que nacieron. La confusión reinante en este punto es responsable de buena parte de la desorientación con que se contempla el futuro. Pues no se sabe, cuando se señalan las modificaciones en la organización política y económica que se ofrecen en los países beligerantes, si estamos ante hechos transitorios o duraderos, ante simples dislocaciones o ante transformaciones de fondo. Dicho en forma inversa: ¿cuáles son el sentido y los límites del *retorno* a la *normalidad*?

Sólo para un esbozo de los horizontes abiertos en esa pregunta sería necesario un espacio no menor al ya recorrido, y hay por eso que renunciar al intento. Sin embargo, no se puede prescindir de un mínimo de planteamiento, no sólo por razones de redondeo expositivo, sino porque el problema constituye, en los momentos actuales, el centro de todo diagnóstico y pronóstico respecto a la sociedad en que vivimos. Un modo interesante de llegar a él en forma directa sería, en mi concepto, poder seguir, en lo económico, el desarrollo de la llamada economía de guerra,<sup>50</sup> y en lo político, el incremento general

<sup>50</sup> Para el no especialista que quiera seguir por sí solo esta cuestión me atrevo a recomendar el libro de T. LAUTERBACH *Economics in Uniform*, 1943, por su propio valor y porque ofrece una bibliografía de las más completas hasta la fecha.

de la burocratización. Pues bien, dejando de lado el fenómeno soviético, aunque está inmediatamente enlazado con la guerra anterior y con la amenaza de la presente, la tarea consistiría en tratar de responder para los países occidentales industrializados estas tres cuestiones: *a)* si las transformaciones políticas y económicas acaecidas en esos países desde la primera guerra mundial no se hubieran producido sin ella, más tarde o más temprano, en forma sensiblemente análoga; *b)* si el sistema de la economía de guerra —en sus dos fases de economía de preparación y de guerra en estricto sentido— constituye, con todo, el modelo aceptable para una economía de paz, no obstante que aquélla despliega o acentúa tendencias ya implícitas en el proceso histórico del capitalismo; y *c)* si las instituciones y organismos forjados en esta guerra *pueden*, a su término, desaparecer por completo, como ocurrió, temporalmente al menos, al final de la anterior. En este análisis habría que distinguir entre los países vencedores y vencidos<sup>51</sup> y no podría olvidarse la distinta situación de los demás países que, beligerantes o no, se encuentran en una etapa diferente de desarrollo económico.

Aquí se ofrecen dos prejuicios —o ilusiones— igualmente injustificados *a priori*: el de una vuelta plena a una normalidad cristalizada idealmente en 1913, y el de que de modo forzoso hayan de quedar la economía y el estado en las formas provocadas por las situaciones de preparación y de guerra. Ahora bien, semejantes prejuicios nacen de una respuesta confusa a las tres cuestiones antes enunciadas. Entre sus dos extremos se encuentra, probablemente, la posibilidad de una contestación adecuada; es decir, no de una mera ilusión, sino de un examen objetivo que, apoyado en el análisis de factores realmente existentes —personales e institucionales—, tenga validez, aunque ésta sea rigurosamente circunstancial. Como tendencia general, cabe, empero, formular la sospecha, compartida por la mayoría de los expertos y observadores, de que lo ocurrido en estos años encierra modificaciones estructurales de carácter duradero para el inmediato futuro.

<sup>51</sup> Todavía no se sabe con exactitud todo lo que la dominación nazi ha producido en la organización económica europea y las consecuencias con las que se habrá de contar. Un intento serio de sondeo es el de Frank MUNK, *The Legacy of Nazism: The Economic and Social Consequences of Totalitarianism*, 1943.

## IV

### *DIGRESION EN FORMA DE UN FRAGMENTO DE TEORIA POLITICA*

La mayoría de edad política solía fijarse en las viejas constituciones a los veinticinco años. El sentido de esa disposición no ha sabido explicarse nunca bien, ni aun antes de que fuera derogada por la demagogia aduladora de la juventud o por los cálculos oportunistas de los intereses electorales. No se trata de que a esa edad sea más granada la inteligencia, ni que antes no puedan interesarse gravemente los hombres por su destino colectivo. Yacía en ella una intuición profunda sobre las actitudes ante la vida y sus consecuencias en la responsabilidad. Y es que la política sólo puede ser una actuación de hombres adultos que han sabido convertir la ilusión en ideal. La diferencia que va de la ilusión al ideal está dada por la experiencia amarga de los límites. Y quien medite en esto no creo que me acuse de una tendencia reaccionaria. El comienzo de la madurez en el hombre es una crisis de ilusión; las perspectivas infinitas de los ensueños adolescentes se condensan un buen día, poco a poco o de golpe, en el horizonte limitado en que ha de transcurrir nuestra existencia. Ya no seremos casi nada de lo que tejían nuestros duermevelas... Y, sin embargo, la máxima madurez, la dignidad viril, no se otorga al apocado que se quiebra en esa experiencia, sino al que sigue hasta el término su esfuerzo ascendente de perfección. Sabemos ya lo que nunca haremos ni veremos, pero también que no se perderá del todo la tarea de cada día. El tipo ideal del hombre adulto no se confunde por eso con el escéptico ni con el cínico. Se han perdido las ilusiones vagorosas y sin límites y sólo queda la ilusión de lo hacedero por obra de un esfuerzo al que acecha en todo instante la posibilidad del fracaso.

Me cohibe la idea de estampar frases solemnes y definitivas; pero hoy no puedo menos de pensar que la grave crisis política del mundo

contemporáneo quizá se reduzca a la solución de esta duda: si la mayoría de los hombres son capaces y están dispuestos a actuar como adultos. No consiste en otra cosa el problema de la democracia. No trato ahora de adentrarme en todo eso. Las reflexiones anteriores son sólo una introducción a una inevitable tarea desilusionadora que hemos de afrontar como mayores de edad; ni adolescentes, ni tampoco escépticos ni desesperados.

¿Qué nos muestran las consideraciones hechas hasta aquí sobre las causas y efectos de la guerra? No hay ninguna causa de la guerra que esté dada en las condiciones objetivas con invencible fatalidad, ni ella se elimina por la remoción de una u otra de las señaladas; no hay ningún efecto de la guerra que no pueda ser atenuado o prevenido de algún modo, pero todos alteran la realidad, y ésta no puede volver jamás a su estado anterior, obligándonos a contar con ellos en lo sucesivo como condiciones de la nueva situación; no hay asimismo ningún proyecto para prevenir la guerra y alcanzar la paz que no lleve nuevos peligros de conflicto o males más graves que los de la guerra misma; no hay en esta tierra ninguna voluntad de paz que nos libere en absoluto de la posibilidad de la agresión. ¿Qué nos queda? Para algunos, muy poco; para otros, todo. Sólo nos queda lo que quiera y pueda el hombre, un hombre que está abandonado a sí mismo en un escenario que nunca se repite idéntico. Mas he aquí en esto último el estímulo y los límites de la inteligencia. Si las circunstancias permanecieran siempre las mismas, podríamos tener leyes perfectas, soluciones mecánicas; pero una vez encerradas sus fórmulas en el manual adecuado, no tendríamos ya nada que pensar. Por desgracia o por fortuna ésto no nos ha sido dado. Las ciencias sociales saben, en realidad, mucho más de lo que la gente cree; pero ese saber es imperfecto en la medida en que el pasado no vale *íntegro* para el futuro. Dicho en términos técnicos: su capacidad de previsión es muy limitada. Mas, no por serlo, deja de existir del todo, ya que si bien el pasado no vale *íntegro* para el futuro, va dejando un precipitado de repeticiones y continuidades, que la inteligencia puede utilizar como puntos fijos de orientación. Es, pues, muy posible que no haya ninguna cuestión humana que no pueda ser afrontada con la posibilidad de una solución inteligente. El problema está en que eso se quiera; más aún, en que se quiera propiamente algo, es decir, con plena claridad y conciencia, no en la forma, como veremos, de deseos confusos y contradictorios. Las cuestiones que hemos venido

analizando no pueden ser resueltas de una vez por todas; ni aun solucionadas teóricamente, pueden quedar en forma estática abandonadas a su supuesta perfección. La primera ilusión peligrosa que es necesario desterrar en los años inmediatos es la del reposo. Dejémoslo, si alguien lo desea, como una esperanza religiosa, pero no como una posibilidad terrena. Respecto a las cosas que más le incumben en esta su morada no puede el hombre reposar; tiene que mantenerlas y cuidarlas hora por hora. No es sólo la libertad lo que ha de pagarse con el duro precio de una eterna vigilancia.

¿Qué otras ilusiones, en estos días, esconden en su atractivo un engaño peligroso? La primera es la ilusión o mito de la planificación. La percepción certera de que la preocupación por la paz no podía dejarse para el día en que se acabara la guerra ha amontonado en nuestras mesas proyectos y planes tan numerosos como demasiado acabados. En esto no hay ningún mal, sino en la actitud o inspiración subyacente. La creencia de que una vez encontrado el proyecto perfecto, la realidad habrá de plegarse a él por tiempo indefinido. La planificación es algo que se está convirtiendo en un mito de nuestro tiempo y que la mentalidad adulta tiene que examinar con cuidado, si prefiere el camino de la verdad. Ahora no es posible hacerlo en toda su extensión, pero sí caben algunas observaciones. La planificación responde a una tendencia auténtica, si por ella se entiende que no podemos abandonarnos en lo sucesivo al automatismo de los hechos y que cada vez tenga que ser más amplio el ámbito del análisis intelectual preparatorio de la acción. El pensamiento exige formas nuevas adaptadas a la nueva estructura de la realidad; pero esto no supone, en principio, que un mayor grado de refinamiento de lo que ha sido siempre el proceso de la inteligencia. La tendencia deja de ser inteligente y se convierte en un símbolo emocional cuando excediendo ciertos límites da lugar a una exageración racionalista. En dos formas se comete ese exceso: exagerando lo que es previsible y exagerando la posibilidad de lo duradero. Para quien tenga una idea de la naturaleza de la historia y de cómo funciona el análisis científico en materia social, no puede haber duda de lo anterior. El experto tiene que trabajar sobre ciertos supuestos que sólo es posible variar en una serie no muy grande de alternativas. Dadas esas condiciones, el pensamiento puede llegar y llega a una precisión cabal. Ahora bien, los límites están en que puedan tenerse en cuenta todas las alternativas posibles y en que el supuesto permanezca

idéntico una vez encontrado. Ambas cosas son irrealizables. No hay imaginación, por poderosa que sea, que pueda aspirar a señalar de antemano todas las posibilidades de lo real. Por otra parte, no hay ningún supuesto que pueda permanecer indefinidamente idéntico, cuando, poco o mucho, vamos a alterar con nuestra acción las condiciones que se ofrecen como dadas. La planificación en su forma extrema es en este sentido un espejismo intelectual.

Si esto es así, su reflejo en la vida práctica tiene que ser necesariamente una invitación a la pereza mental. Teniendo la suerte de que un grupo de expertos nos fije para unos cuantos años lo que hemos de hacer, con cumplirlo fielmente estamos exentos de toda responsabilidad. Ahora bien, si tiene algún sentido que sigamos hablando de democracia, consiste, cabalmenté, en lo contrario; en que los hombres no puedan escamotear esa responsabilidad y estén dispuestos a hacerle frente todos los días. Por esto es necesario que sepan que la planificación no es ningún milagro, sino un esfuerzo de previsión que tiene que ser corregido ya desde el día siguiente con la ayuda de todos.

La apetencia que alimenta la ilusión planificadora es poderosamente humana. Es el deso de seguridad, y éste se muestra, asimismo, en los momentos actuales, como una vana y peligrosa ilusión. El mito de la seguridad, después de las atroces inseguridades sufridas, es la creencia de que una organización internacional nos va a ofrecer en el juego automático de sus mecanismos, con el horizonte de una paz inalterable, una seguridad tal que nos exima de preocuparnos por ella. ¡Grave ilusión para los hombres y los pueblos! Quien la mantenga la verá quebrarse a su costa y al poco tiempo. Una política para adultos tiene que insistir desde ahora en que la seguridad nunca se alcanza definitivamente; tiene más bien que ser ganada en todos los momentos.

Por último, otro mito falaz que atrae a muchos en estos instantes es el de la uniformación. El creer que todos los pueblos con sólo pensarlo van a vivir en lo sucesivo con las mismas ideas y con idénticas instituciones. A este mito se opone la experiencia de la diversidad y de la tenacidad de lo real. Es, por otra parte, una confusión entre los conceptos de uniformización y de universalidad. La universalidad es una participación en un pequeño número de sentidos muy generales, pero no exige la encarnación idéntica de los mismos en la realidad, ni ésto es posible en la mayor parte de los casos. To-

das las posibilidades están en favor de que por mucho tiempo —para nosotros siempre— el mundo siga presentando esa cuajada diversidad de sus instituciones —políticas, económicas, etc.— que tan mal encaja en los esquemas de nuestros manuales. Conviene que sepamos desde ahora que es en un mundo así en donde hemos de actuar, y que como no poseemos ninguna varita mágica que transforme las cosas por encantamiento, ninguna acción puede ser eficaz si olvida las condiciones peculiares en que se produce.

Ahora bien, lo grave de todas estas ilusiones es que no son sino síntomas del estado confuso y contradictorio de nuestros deseos. Y digo deseos, pues menos aún alcanzan la forma rotunda de un querer. Quizá están en lo cierto quienes sostienen que todas nuestras dificultades se deben a la falta de voluntad de resolverlas. Pero esa voluntad no existe, ni se perfila una orientación definida, por la contradicción e imprecisión de nuestros deseos. No se sabe lo que se quiere. Todo el que desee hacer la prueba quedará pasmado ante la cantidad de propósitos y apetencias radicalmente incompatibles o muy difíciles de conciliar que exhibe no sólo el hombre común, sino el ilustrado autor de muchos libros y discursos. Los programas políticos y los planes económicos cuajados de finalidades contradictorias y excluyentes, son una de las características del día. Pero sin un querer preciso es imposible actuar sobre la realidad, por muy exactamente que pretendamos conocer sus condiciones objetivas.

Esa política del hombre adulto a que venimos aludiendo requiere necesariamente tres cosas: saber lo que se quiere, conocer el precio que se ha de pagar por obtener lo querido y tener conciencia de la relación que guardan los medios y los fines. Si a la luz de estas exigencias examináramos buena parte de las cosas que se nos ofrecen por muchos políticos y publicistas, percibiríamos en seguida que nos encontramos en plena adolescencia. ¿Qué es lo que se quiere: la libertad o la seguridad, la tolerancia o la imposición, la dirección de la minoría o la presencia activa del hombre común, el predominio de los intereses nacionales o la organización internacional, etc., etc? Sólo cuando se quiere con claridad una cosa se la puede llamar con su nombre adecuado; si no se produce ese carnaval de los vocablos en que ahora vivimos, en donde distintas voces zalamerías nos quieren vencer, por ejemplo, que son una y la misma democracia.

Si se sabe lo que se quiere y se conocen medianamente las cir-

cunstancias en que se está, no es tarea difícil determinar el precio que hemos de pagar por el logro de nuestros fines. En esto importa evitar todo engaño, pues desde hace tiempo sabemos que no debemos pedir peras al olmo. Y, sin embargo, es aquí donde se muestra todo el dramatismo de la desorientación contemporánea. Queremos esto o lo otro, pero, eso sí, sin las consecuencias que su realización lleva consigo. Y obsérvese que en esto no hay excusa, pues si algunos niegan todavía que el pensamiento racional, científico, pueda determinar un querer (un valor, si lo consideramos en su término) nadie le disputa su eficacia en la tarea de determinar las consecuencias de ese querer una vez fijado. Si intentáramos hacer una lista de las cosas que pretendemos obtener sin pagarlas, pensaríamos que el hombre de nuestros días se ha convertido en un defraudador profesional.

Cosa análoga ocurre en la relación de medios a fines. Todo fin exige sus propios medios en una relación que es la radicalmente inversa de la que indica conocida máxima. Un medio inadecuado malogra necesariamente el fin que declaraba servir. Pacificar con piquetes de ejecución, educar con ondas de propaganda emocional, o hacer hombres libres mediante la adoctrinación de un dogma, etc., son cosas que ni la lógica ni los hechos parecen confirmar.

Por mucho que sepamos de las tendencias reales que va a ofrecer el mundo de la postguerra —y creo que, en efecto, se conoce bastante—, ese conocimiento será estéril si no sabemos qué querer ni qué hacer con ellas. Según lo que se quiera, unos mismos hechos pueden llevar a unos u otros resultados; es imposible forzar las condiciones que ellos constituyen, pero tampoco ofrecen nada que esté preformado en forma definitiva y necesaria. Está bien que los hombres de ciencia se apresten al análisis de lo real, pero quizá la tarea más urgente, de ellos con todos los demás, esté en acabar con la tremenda confusión en que vivimos. La orientación normativa de la acción es tan importante como el conocimiento exacto de sus condiciones e instrumentos. Ante todo, los campos claros. Vuelvo a repetir la pregunta: ¿creemos en la posibilidad de una política para hombres adultos?

